
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 05751556 5

NPX
M. Zarzan

CUATRO

LEYENDAS

POR

M. M. ZARZAMENDI.



EDICION DE «LA REPUBLICA.»

MEXICO
IMPRENTA POLIGLOTA
ESQUINA DEL CALLEJON Y CALLE DE SANTA CLARA.

1883

CIENCIA Y CONCIENCIA.

I.

Voy á referir cómo tuvo orígen la rivalidad que existe entre Pablo Sanches y yo; cómo, á pesar de la superioridad de su genio y de su destreza en las operaciones quirúrjicas, llegué yo á adquirir la preponderancia que él mismo admite, al paso que el mal éxito le acompaña en todos los propósitos de su vida. Ello es cuestion de honradez, de conciencia, y nada más.

Sorpréndeme á menudo el ver á los materialistas en insensata lucha con la ley moral del universo, ley más invariable que la de la gravitacion; pues miéntras un pedazo de hierro *cae hácia arriba* atraido por el iman—sin que podamos explicarnos el por qué—para la ley moral no hay variacion posible, ni atraccion, ni desviacion de ninguna especie.

Declaro francamente que soy cristiano. Yo, Julio Santielias, primer cirujano del hospital civil, catedrático de anatomía en la Universidad de Carácas, miembro honorario de varias academias científicas del extranjero, lo confieso á la faz de esos sabios que nos enseñan que el mundo existe y se conserva por sí mismo; que admiten como único Dios creador á una partícula inanimada y ciega de levadura que se agita, trabaja y se introduce en la materia; que sostienen que el alma no es sino el resultado de la organizacion mecánica del cuerpo.

Nací en la provincia de Mérida, de clima frio y nebuloso relativamente al del centro de la República, y donde se producen el trigo y la pera en vez del maíz y el banano. Mi madre era una aldeana, no tan pobre como las demas de su clase, pues al morir mi padre—tenia yo á la sazon seis años de edad—le dejó una pequeña estancia que le producía, gracias á su trabajo personal, lo necesario para vivir y un sobrante que destinó á mi educacion futura. Dos veces al dia, al despertar y al irnos á la cama, dirigiamos mi madre y yo preces al Salvador de los hombres, á su Santísima Madre y á Nuestro Padre celestial, destilando así en mi alma—¡pobre é inculta madre mia!—sentimientos religiosos que se arraigaron allí y resistieron el embate de las pasiones y de los malos ejemplos. ¡Dios la tenga en su seno!

Buena y religiosa ella misma, trató de hacerme religioso y bueno, dándome cierta superioridad sobre el hombre científico que no ve más allá del limitadísimo horizonte á donde alcanza su vista. Infundióme una creencia: la creencia en lo extraordinario, lo sobrenatural, lo elevado. Cuando, al comenzar mis estudios, trataba yo de penetrar en el fondo de muchas cosas que me parecian incomprensibles, y comunicaba mis dudas á mi madre, solia ésta decirme: "¿Qué me importa, Julio, saber la edad del mundo? ¿qué te importa á tí tampoco? Deja eso á un lado, y sigue tu camino."

No vayan ustedes á suponer por esto que me acostumbré á menospreciar las deducciones de la ciencia; al contrario, llegué á darles su verdadero valor, subordinándolas siempre al espíritu, y concluyendo por mirar la parte moral del hombre como el objeto más importante de todo estudio. Los médicos que emprendí—anatomía comparada, patología, fisiología, cirujía—me interesaban á causa del uso que de ellos me proponia hacer, gracias á la enseñanza de mi madre. Su inteligencia parecia despejarse á la par de la mia, y su sentido claro y despierto equivalia casi á la intuicion. Léjos de perder mi tiempo en hablar neciamente del *estudio* como mero *estudio*, aprendí desde temprano que el *estudio*, y los *hechos* y las *verdades*, valen solamente en cuanto sirven á propósitos morales; propósitos á que dediqué todos

á la misma clase, así siempre nos encontrábamos en la puerta de la calle y hacíamos juntos el camino hasta el colegio. Era Pablo como los jóvenes á quienes me he referido ya, ambicioso y asíduo en el estudio, pero en apariencia indolente, perezoso, como si su residencia en Carácas no tuviese más fin que la concurrencia al billar, á las cantinas, al teatro y sus consecuencias. A poco vino la intimidad y con ella el principio de mi antipatía. Lleno de amabilidad y dotado de la experiencia que le proporcionaba un año más de clase que yo, me inició en la rutina del colegio, dándome informes que supe apreciar, pero con tal aire de pretension y de superioridad, que el agradecimiento por el beneficio quedaba al instante borrado por la herida causada al amor propio. Descubrí pronto en Pablo su carácter despótico, sus pretensiones á ocupar siempre el primer puesto, y su mala voluntad hácia quienquiera que se atreviese á disputárselo. Su semblante demostraba franqueza, es cierto; pero sus ojos lo traicionaban. Por más despejada y brillante que fuese su mirada, al acabar de hablar, Pablo la dirigía invariablemente á su alrededor con cierta expresion de felonía burlona que él mismo no podia dominar. En escenas alegres y juguetonas, miéntras él y sus jóvenes compañeros reian y se chanceaban, nadie notaba aquella circunstancia, ó cuando más, añadia ella algo de picante á

las chanzonetas; pero en ocasiones de otra naturaleza, su efecto era repulsivo.

Tenia Pablo talento para la medicina; su diagnóstico era maravilloso tratándose de un jóven como él, y manejaba el cuchillo con una destreza que merecia los elogios de Michelena, cuyo favorito era. Prometia ser eminente en el tratamiento de las fiebres; y por varios otros respectos sobresalia como jefe del círculo á que pertenecia. No tardó mucho en descubrir que yo, el recien llegado, estaba destinado á ser su rival; porque mis dos años de estudio bajo la direccion del médico de mi pueblo los habia empleado asidua y cuidadosamente, y á la instruccion teórica habia unido la práctica, acompañándole en sus excursiones á *los* pueblos vecinos, donde aprendí mucho acerca de ciertas enfermedades; de suerte que cuando llegué á Carácas me hallaba bien preparado para recibir la semilla.

II.

Como desahogo á su despecho, no desperdiciaba Pablo ninguna oportunidad de mortificarme, y habiendo descubierto mis sentimientos religiosos, emprendió un sistema de burlas que con facilidad producia la risa á mis expensas. Jamas me cuidé de ello; pero por grados se fueron dividiendo los estudiantes en dos círculos, cuyos je

fes respectivos éramos Pablo y yo. Ya tengo dicho que mi rival me sobrepujaba en talento y en impieza de ejecucion, pero yo tenia conciencia y él carecia totalmente de ella, lo cual me daba una inmensa ventaja, porque me hacia industrioso, entusiasta y honrado. No sé si me explico bien; mas es lo cierto que entre Pablo y yo habia la diferencia que existe entre el entusiasmo ficticio y el de buena fé. Favorito de los hombres distinguidos que he nombrado, trataba siempre que podia de ridiculizarme en su presencia; y siento tener que decir que en ellos no eran muy notables los sentimientos religiosos. El afamado R ... (me callo el nombre por respeto á su memoria) era materialista declarado y no desdeñaba ridiculizar á los que no pensasen como él. En la sala de disecciones, al trasmitirnos sus vastos conocimientos, esmerábase en hacernos conocer sus opiniones por medio del sarcasmo. Logré formar parte de una clase privada regentada por R......, á la que tambien asistia Pablo; y allí era donde éste desplegaba todo su cinismo. Exhibia una vez el profesor una seccion del cerebro de un idiota, queriendo explicar con ella la causa irremediable del idiotismo.

—Miren ustedes, señores, esta maquinaria, porque no es otra cosa, decia: vean aquí palpablemente la parte defectuosa.

—El señor Santielias no puede convenir con

usted, replicó Pablo en tono de mofa, y con la inevitable mirada de soslayo, porque el señor Santielias es *devoto*.

Las carcajadas de mis compañeros celebraron la ocurrencia de Pablo.

—Supongo que se confiesa y reza á la Vírgen, dijo R...... sonriendo.

—Ambas cosas, le repliqué mirándole á la cara; ambas cosas, sí señor. Y ahora explíqueme usted, señor R......, cómo produce vuestra maquinaria las verdades morales.

—Las verdades morales no son más que verdades lógicas; y la buena lógica no sale sino de una buena máquina cerebral.

—Pura presuncion, le contesté.

—Vaya! exclamó R......, sigamos en nuestro trabajo, señores.

Escenas semejantes no eran poco comunes; pero mis respuestas no se hacian jamas esperar. Así continuamos, sosteniendo yo mi puesto, hasta que á los dos años me sentí dotado de un poder que todos principiaban á reconocer. Por de contado que los dos bandos se hallaban divididos no sólo por cuestiones puramente religiosas y morales, sino por las no ménos desapacibles de la política; pero como los asistentes á la clase se renovaban sin cesar, yéndose unos y entrando otros á reemplazarlos, las divergencias de opiniones no llegaron nunca á causar profunda escision. Sólo

Pablo y yo seguimos el curso hasta el fin, como que ambos habiamos resuelto no volver á nuestras provincias, sino establecernos en Carácas.

En aquellos dias acaeció un suceso que despertó mucho nuestro interés. Trajeron al hospital un muchacho de diez y seis años, con una fractura compuesta en el fémur. R...... deseaba mucho ensayar un nuevo procedimiento para fracturas, y eligió al muchacho para sus experimentos. Si salia bien se salvaba la pierna; pero en caso contrario era cierta la muerte del paciente. Creia yo que el caso era demasiado sério para ensayos y estaba ademas convencido de que la amputacion era lo único que salvaria la vida. Fuí algo atrevido, lo confieso; pero resolví hablar, y en presencia de seis compañeros dije á R...... con toda la calma de que pude disponer:

—Si usted somete ese niño al nuevo tratamiento, morirá sin duda alguna. Estoy seguro de que no vive.

—Y yo afirmo que vivirá, respondió R...... sin vacilar. Señores estudiantes, continuó con su acostumbrada tranquilidad, está determinado el procedimiento, y á estos dos señores tocará cuidar de que se ejecuten fielmente mis prescriciones.

Así lò hicimos Pablo y yo. Nunca habia desplegado mi compañero tanto esmero, y en cuanto á mí, puse mis cinco sentidos en el empeño de

salvar al muchacho. R...... por su parte atendió como de costumbre al caso, sin omitir precaucion alguna; pero todo en vano, porque ántes de tres semanas falleció el paciente. Este acontecimiento produjo mucha sensacion en la clase, y desde aquel dia me trató R...... con más consideracion, dándome en el hospital un empleo que equivalia á una señalada muestra de distincion. Porque, con toda su burla y desprecio hácia las cosas sagradas, R...... no se engañaba en sus juicios, y me prefirió á Pablo, que era su favorito. El partido de los *hombres de conciencia* aplaudió, y decayó el ánimo de los *hombres máquinas*, cuyo jefe Pablo se enfureció en sumo grado. Por insignificante que fuese el empleo, valia mucho para mí, porque al fin era subir el primer peldaño, que, como todos sabemos, es el más difícil de alcanzar.

III.

Lo más reprochable en Pablo era su proceder para con las mujeres, por quienes no tenia el más mínimo respeto, al paso que á mí me habian enseñado á adorarlas y venerarlas. Nada diré de sus costumbres, pues tal vez no eran peores que las de sus compañeros; pero las opiniones que expresaba eran odiosas.

—Espero poder presentar á ustedes dentro de poco una nueva reina, señores, nos dijo una no-

che. Una preciosa jóven, no como vuestras bellezas urbanas, llenas de remilgos y escrúpulos, sino una hija de los campos, de sangre hirviente como el Champaña.

—¿Cuándo la espera usted? le preguntaron.

—Quizás esta misma semana.

—¿Y Camila?

—Camila tiene que someterse á su destino, y ceder el puesto á una más hermosa que ella, como á ella se lo cedieron otras.

—Y cómo lo cederá la nueva reina ántes que se pasen pocas semanas....

—Así lo supongo, contestó Pablo alzando los hombros y dirigiendo una de sus miradas de soslayo. Pero es todavía muy temprano para hablar de ello.

—Píntenosla usted, añadieron dos ó tres estudiantes.

—Ah! señores, eso es imposible. No encontraria palabras para dar á ustedes una idea de su belleza. Ademas, dentro de algunos dias la verán, y podrán juzgar por sí mismos. Solo les diré, para que al verla aprecien ustedes como deben mi conquista, que la jóven es *virtuosa*.

—¿De veras? ¿Está usted cierto de ello? ¿Completamente virtuosa?

—De veras, caballeritos. La hermosa criatura es virtuosa; y para colmo de dicha, es ademas religiosa; cualidades muy apreciables en una mu-

chacha, ¿no lo cree usted así, señor Santielias? contestó Pablo dirigiéndome la palabra con aire de superioridad y de triunfo.

Me horroricé, no puedo decir la razon; pero mi instinto me decia que aunque muchos jóvenes, y sobre todo los estudiantes, son jactanciosos y no siempre dicen la verdad al hablar de sus conquistas amorosas, lo que Pablo acababa de decir era positivo. En su acento habia cierta satisfaccion, cierta complacencia que no podian fingirse. Me abstuve de responder á su pregunta, pero le dije en tono serio:

—Espero que el señor Sanchez nos está contando una novela; y volviendo bruscamente la espalda, salí de la pieza.

Traté en vano de borrar aquel incidente de mi imaginacion: su recuerdo me persiguió largo tiempo como un fantasma. Pintábame una jóven inocente y cándida, arrebatada de su hogar por alguna diabólica estratagema de aquel malvado; y á despecho de cuantos esfuerzos hice para tranquilizarme y raciocinar, una voz me decia al oido: "Tú mismo te vas á ver envuelto por siempre en esa intriga." ¿Qué podia yo hacer? Lo ignoraba, y sólo me era dado aguardar los acontecimientos. Pasó una semana, pasaron dos, y en mis oidos resonaban constantemente las propias palabras: "Tú mismo te vas á ver por siempre envuelto en esa intriga." Al cabo de los quince dias cesó la

voz, al mismo tiempo que se desvanecian las esperanzas de los que aguardaban á la prometida reina, y que sin compasion se burlaban por ello de Pablo. Por algunos dias les dijo éste:

—Esperen ustedes un poco; no hay que apresurarse demasiado.

Pero luego perdió los estribos, se amostazó y prohibió las chanzonetas, hasta que á los dos meses nadie se acordó más del asunto.

IV.

Mi empleo en el hospital, insignificante como era, me favoreció mucho, ayudándome á contraer amistad con otros estudiantes, y proporcionándome alguna clientela. Una sola vez me fué posible visitar á mi madre; y deseoso de tenerla á mi lado, veia cercano el dia que pudiese alquilar una casa decente y traerla á Carácas. Entretanto, Pablo consiguió un empleo semejante al mio, pero en otro hospital inferior al en que yo ejercia mi profesion. De esta manera, marchamos ambos en nuestra carrera, hombro con hombro, pero siempre bajo circunstancias que daban pábulo á su enemistad hácia mí; al paso que por mi parte yo no me recelaba de hablar con franqueza y decir lo que de él pensaba, cada vez que se presentaba la ocasion.

Cosa de seis meses despues aproveché la opor-

tunidad que se me ofreció para hacer un viaje á Puerto Cabello, y tomando mi asiento en uno de los coches que para la Guaira salen diariamente, sometí mi pobre cuerpo á todas las incomodidades de un viaje que de bueno no tenia sino lo corto.

Era una mañana de Setiembre, hermosa como lo son casi todas en nuestro privilegiado clima. El rocío de la noche habia aplacado el polvo que á hora más avanzada se levanta bajo los cascos de los caballos y casi sofoca á los pobres encerrados en el exiguo cajon del vehículo: las sementeras de las dos orillas del camino se hallaban en toda su lozanía, y el aire que se respiraba venia embalsamado por las flores de la montaña. Todo, en fin, contribuia á comunicarme cierto bienestar; de suerte que cuando llegamos á Guaracarumbo y nos apeamos para dar tiempo á que remudasen los caballos, entré al meson, compré algunas frutas, y con ellas en la mano salíme al camino y me senté á comerlas con el mayor apetito, despues de haberme informado el postillon que podia disponer libremente de quince minutos.

Embebido me hallaba en mi prosáica tarea, y en la contemplacion del poético panorama que se extendia hasta el fondo del valle y las colinas del frente, cuando oigo pasos á mi lado y volviendo la vista me encuentro con una mujer de mediana edad, que sin más preámbulo me dice:

—¿Es usted médico de Carácas?

Dirijí á mi desconocida una mirada investigadora, cuyo resultado fué demostrarme que la que me dirijia la palabra pertenecia á la clase media, que no era fea, que estaba vestida con gusto aunque sencillamente, y que en su semblante se pintaban la tristeza y el sufrimiento. Antes de haber yo acabado el exámen repitió la mujer su pregunta:

—¿Es usted médico y viene de Carácas?

—Sí lo soy y de allí vengo, le contesté.

—Entónces sígame vd., por la Vírgen Santísima.

—¿Qué la siga á vd? ¿no ve vd. que voy de viaje? Apénas tenemos quince minutos de descanso y ya van pasados diez.

—Tomará vd, el coche de la tarde.

—Pero ¿por qué? ¿qué me quiere usted?

—Venga usted inmediatamente á ver un enfermo de gravedad.

—¿Quién es el enfermo?

—Lo sabrá usted cuando lo vea. ¡Ay! no puedo decirlo ahora!

—Pero al ménos ¿sabe usted de qué padece?

—Lo ignoro.... A usted toca descubrirlo. Y se echó á llorar.

—Eso es un absurdo, señora, le dije algo desabridamente. Hay médicos muy hábiles en la Guaira; ¿por qué no los consulta usted?

—¡Ay! es inútil, pues ya todos han sido consultados.

—Es ridículo suponer que yo pueda prestar mis servicios en semejantes circunstancias; ademas de que no iré bajo las sombras del misterio.

Las voces de "Al coche, darse prisa, señores!" pusieron fin al diálogo; dí un paso para alejarme, pero tomándome la mujer por el brazo, díjome apresuradamente.

—Quédese vd. y se lo diré todo. ¡Es para mi hija! ¡Por amor de Dios, venga usted conmigo!

Enfadado al verme detenido contra mi voluntad, me desprendí violentamente y entré en el coche. Asomándome luego á la ventanilla, ví á la desconocida parada en medio del camino, con tanto desconsuelo, tanta desesperacion pintada en el semblante, que me fué imposible resistir más. Tomé mi capa y mi saco de noche, salté del coche casi en el momento en que emprendia la marcha, y acercándome á la mujer le dije en tono brusco.

—Aquí me tiene usted: lléveme á donde quiera.

Pareció dudar un momento, como sorprendida por mi repentino cambio de resolucion; pero repuesta en el acto, echó á andar diciéndome:

—Le enseñaré el camino, sígame usted.

Anduvimos gran trecho del camino público, y tomando luego una vereda que conducia á uno de los vallecitos que desde las vueltas se alcanzaban

á ver, nos detuvimos á la puerta de una casita de campo, casi oculta por los parrales y enredaderas que la cercaban. Abrió mi guía la puerta y me invitó á entrar en una salita muy aseada y amueblada con bastante gusto, donde me dejó solo algunos minutos, que emplee en examinar el lugar, sin moverme de mi asiento y ansioso por saber en qué pararia aquello. Ni una sola palabra habia cambiado con mi guía en el largo trayecto del meson á la casita, pues ni yo me sentia dispuesto á hablar, ni ella parecia inclinada á ser comunicativa. Cuando volvió á la sala se habia quitado el chal que la envolvia y se me presentó con cierto aire de elegancia que me sorprendió en extremo. Como si se hubiera desembarazado de una pesada carga, se efectuó en ella tal cambio, que apénas la conocí.

—¿Quiere usted, señor, venir á ver mi hija? me dijo.

—¿Me permitirá usted antes, señora, que le haga algunas preguntas acerca del caso?

—Preferiria que viese usted primero á Margarita. Tantas preguntas me han hecho los doctores, que he perdido la cabeza.

—Como vd. guste, le repliqué, y me dirigí hácia la pieza contigua.

En una cama grande y elegante se hallaba reclinado lo que llamaré esqueleto de una hermosa criatura de diez y ocho años. Vestia una bata

muy limpia y de esmerado corte. Los cabellos castaños, peinados hácia atras, caian sueltos sobre la almohada, y los ojos pardos parecian desmesuradamente grandes, comparados con las extenuadas facciones y las mejillas consumidas. No era posible equivocarse á la primera mirada. Era aquello la lucha sin tregua entre el alma aprisionada y su mortal carcelero que cada dia se debilitaba más y más.

—Al fin encontré al médico de Carácas, Margarita, y lo traigo para que te vea, dijo con acento tierno la madre.

V.

La niña abrió sus grandes y brillantes ojos, y los dirijió hácia mí, con expresion de profunda duda, y como queriendo penetrar en el fondo de mi pensamiento, sin lucir en ellos un solo rayo de esperanza. No pronunció una sola palabra. Sentéme al lado de la cama, con el mismo recogimiento con que me acercaria á un lugar sagrado. Al fin le dije:

—Hija mia, ¿qué padece usted?

Apénas tenia yo veinticinco años, y sin embargo, el corazon me ordenó llamarla mi hija.

—No lo sé; me respondió con suavidad.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted enferma?

—Ayer se cumplieron seis meses.

—¡Seis meses! ¿luego sabe usted el dia fijo?

—¡Oh! sí señor; y en su semblante se dibujó cierta expresion de dolor, como producido por el tocamiento de una herida.

—Cayó usted enferma repentinamente?

—Sí.

—Un desvanecimiento, sin duda.

—Sí.

—¿Siente usted algun dolor?

Vaciló en responder á mi pregunta.

—Quiero decir, algun dolor corporal.

—No, dijo en el acto.

—Tranquilízese usted, hija mia; no la incomodaré más por ahora con mis preguntas; pero sí le diré que pronto recobrará la salud. Estoy cierto de ello.

Dirigióme una mirada de queja.

—¿Conque es verdad que no desea usted curarse? le pregunté; y como menease la cabeza negativamente añadí: ¿Ni siquiera por amór á su querida madre?

Animósele algo el semblante; pero no respondió. Cambié entónces la conversacion y hablé del buen tiempo, de los goces que habia experimentado con las escenas del camino, las sementeras, los precipicios, nuevo todo para mí. Le dije que habia nacido en Mérida, que deseaba mucho volver allá; pero que mis deberes me retenian en la capital.

—¿Ha estado usted alguna vez en Carácas, señorita? añadí.

—¡Jamás! me respondió con énfasis y animándosele repentinamente la mirada. Híceme el desentendido y continué:

—Al entrar noté que tiene vd. un bonito jardin.

—Tenia en efecto uno, pero lo he abandonado completamente.

—Pero si yo le prometo limpiarlo hoy mismo de las malezas y devolverle su antiguo explendor, ¿volverá usted á ocuparse en cultivarlo?

—No sé, señor, dijo; pero á sus labios se asomó una lánguida sonrisa, primera señal alentadora obtenida por mis esfuerzos.

—Al ménos se acercará usted á la ventana para verme trabajar, ¿no es cierto?

—Haré la prueba.

Conocí que habia progresado bastante, y que debia poner término á la entrevista. Miéntras ella duró, no cogí la mano de Margarita, ni le tomé el pulso, ni hice ninguna de las acostumbradas demostraciones profesionales. Hasta me abstuve de acercarme mucho á la cama. Las pocas palabras que le dirijí en mi calidad de médico, las pronuncié en tono decisivo, y cuando le dije que se curaria, no lo hice de la manera que se habla á un niño, sino con acento de autoridad, como si mi dicho no admitiese réplica.

—Volveré á ver á usted; añadí levantándome

para salir. ¿Tal vez su madre de usted me permitirá probar sus uvas?

—Las blancas son las mejores, mamá, dijo Margarita.

Me hice el que no habia oido la observacion, y salí del cuarto sin dirigir á la paciente una palabra más.

—Oh, señor, exclamó la madre al encontrarnos solos en la sala; usted es brujo, ha hecho ya un milagro y salvará la vida á mi Margarita. De cuantos médicos la han visitado, ninguno ha logrado lo que usted. Ya me parece completamente cambiada. ¡Cuando pienso que me ha dicho dónde puedo encontrar las uvas mejores para usted!

—Qué han hecho los otros médicos?

—Nada más que atormentarla á fuerza de preguntas, examinarle los pulmones, escucharle los latidos del corazon, y recetarle infinidad de medicinas que no servian para maldita la cosa.

—¿Y no han dicho la enfermedad que padecia la niña?

—Oh, sí, una extenuacion general. Era indispensable que viajásemos, segun ellos, pero nunca pude conseguir que Margarita conviniese en salir de casa. Y ahora, señor, estoy pronta á responder á cuantas preguntas quiera usted dirijirme, sin temor de fastidiarme en lo más mínimo.

—Nada tengo que preguntar, señora, pues com-

prendo perfectamente el caso. Solo exijo de usted que observe con la mayor exactitud mis prescripciones.

—Al pié de la letra, señor, fué su respuesta.

—Muy bien: pasaré una hora en el jardin de Margarita.... y á propósito, dígame usted dónde encontraré una escardilla, una pala y un cuchillo que necesito. Dentro de un rato le dirá usted que el médico de Carácas está trabajando en el arreglo de sus flores; pero guárdese usted de exigirle que se acerque á la ventana. Dígale usted donde estoy, y nada más. De aquí á una hora tendrá usted la bondad de darme un ligero almuerzo, y entónces hablarémos más detenidamente.

—Se hará todo como usted lo ordena, señor; pero ¿no me dirá usted lo que tiene mi hija?

—Señora, le respondí en tono grave, ambos lo comprendemos demasiado bien. La hija de usted ha visto burladas sus esperanzas, y Dios sabe que no hay peor enfermedad.

—El bendiga á usted, señor, exclamó la pobre madre. Es usted un ángel que el cielo me ha enviado.

Sin más ni más tomé los instrumentos de agricultura y me dirigí al lugar que tanto preferia Margarita. Y ahora quiero decir á ustedes, para desvanecer toda idea de misterio ó adivinacion, que desde el instante mismo en que, impelido por la desgarradora mirada de la desconocida, salté

del coche para ponerme á su disposicion, no habian cesado de resonar en mis oidos aquellas palabras que seis meses ántes me persiguieron en Carácas: "Tú mismo te vas á ver envuelto para siempre en esta intriga," y por lo tanto *supe* que iba á ver á la jóven pretendida por Pablo. Al verla lo comprendí todo y, lo confieso, me dije á mí mismo: "esta preciosa niña será mia, mia para siempre."

Entreguéme con toda diligencia á arreglar el jardin: arranqué la yerba que se habia apoderado del terreno, quité á las plantas las hojas secas, las aporqué, é hice, en fin, cuanto el mejor jardinero hubiera podido hacer; pero sin haber dirigido una sola vez los ojos hácia la ventana de la casita, por más que lo desease. Cuando entré en la sala, encontré á la señora llena de sorpresa y alegría.

—Oh! señor, exclamó al verme, no ha cesado un solo momento de observar lo que usted hacia! Cuando le dije á donde habia usted ido, se levantó poco á poco y se acercó á la ventana.

—Bien, muy bien, le respondí; pero ahora que me acuerdo, dígame usted ¿qué la indujo á ir hoy al meson, y por qué me preguntó usted si yo era médico?

—Puede usted reirse de mí cuanto quiera, pero le diré toda la verdad. Anoche soñé que habia *visto á usted* subir al coche en Carácas, y que una

voz misteriosa me decia al oido: "es ese el médico que curará á Margarita: llámale."

—De veras? ¿es eso todo?

—Juro á usted que eso es la pura verdad. Me fuí á esperar el coche, le ví á usted bajar de él, y le reconocí al instante. Parece obra de Dios!

—Ahora me voy á la posada, dije á la buena señora, sin manifestar ninguna sorpresa por sus palabras, y volveré á ver á ustedes mañana.

—Pero no se irá usted sin ver otra vez á Margarita, ¿no es cierto?

—Me iré sin verla, y le encargo á usted que no mencione mi nombre. Espere usted á que ella pregunte por mí. Todo depende de la exactitud con que usted observe mis instrucciones.

—Será usted obedecido al pié de la letra.

VI.

Mi alejamiento de la casa fué una prueba severa pára mí, pues se me habia ofrecido alojamiento en ella, es decir, la ocasion de vivir bajo el mismo techo que Margarita. Me alejé, sin embargo, con el corazon palpitante de felicidad, tan dichoso como jamas lo habia sido. Hice un arreglo con el dueño del meson, y aunque no abundaban las comodidades, me dí por satisfecho.

Como á las diez de la mañana del dia siguiente me atreví á acercarme á mi paraíso. Hacia un

tiempo magnífico, y apénas pude dar crédito á mis ojos cuando ví á Margarita sentada cerca de la ventana y mirando hácia el jardin. Dirigíme en derechura á ella y la saludé diciéndole:

—Aquí tiene usted otra vez al médico de Carácas, que espero no asustará á usted.

—¿Y por qué habria de asustarme? me respondió con su voz dulce y tranquila.

—Se siente usted mejor esta mañana, ¿no es verdad?

—No sé.

—Pero yo sí lo sé: yo, el médico de Carácas, sé que está usted mejor, y que dentro de poco gozará de perfecta salud.

—Oh! eso no, jamas!

—Al contrario, dentro de poco. Soy un déspota, al mismo tiempo que médico, y no admito que se me contradiga. Me alegro mucho de ver que se ha levantado usted temprano; y para completar la obra debe usted venir conmigo al jardin y darme sus instrucciones, pues quiero comenzar desde luego á trabajar.

—No sé si podré; ¡me siento tan débil!

—Oh! no, está usted bastante fuerte, y ademas yo la ayudaré.

Miróme sorprendida; pero sin darme por entendido la dejé sola y entré en la salita, donde la madre me aguardaba llena de ansiedad.

—Venga usted conmigo al cuarto de Margarita,

que debe salir á caminar al aire libre, le dije. ¿Tiene usted un poco de vino de Burdeos? llévelo usted consigo y cuando lleguemos al jardin dele á Margarita una cucharada.

Volvimos al cuarto.

—Aquí tiene usted el brazo de su médico, le dije á la jóven: apóyese en él y venga á dirigir mis trabajos en el jardin.

Tomó mi brazo, mecánicamente, es verdad, pero al fin lo tomó, y andando despacio, nos dirigimos al lugar donde yo habia hecho colocar una silla para la jóven. A poco llegó la señora con el vino, hice que Margarita tomase unas gotas, y despues de dirigirle unas cuantas preguntas, púse manos á la obra, en la que empleé un celo imposible de describir. Mi madre gustaba mucho de flores, y en mi niñez me complacia yo en cultivar las plantas de nuestro jardincito; pero ¡cuánto no aumentaba mis conocimientos en la floricultura la idea de que los ejercia en presencia de Margarita! ¿Acaso no conocia yo que en ella se despertaba cierto interés hácia mí, interés que hacia esfuerzos por dominar, pero sin lograrlo?

En el centro de un círculo habia un hermoso rosal cuajado de flores y casi único adorno del jardin. Ocupábame en principiar á arreglar la tierra del pié, cuando oí que me decian en voz baja: "Señor!" Era Margarita que me llamaba. Acerquéme á ella en el acto.

—Señor, me dijo, ¿tendria usted la bondad de arrancar de raiz ese rosal y tirarlo entre la yerba?

Miréla algunos instantes, como dudando de su sano juicio; pero la encontré perfectamente tranquila.

—Es lo mejor del jardin, le dije.

—Lo sé, me respondió sin vacilar.

—Obedezco las órdenes de usted, como debe usted obedecer las mias.

Y echando mano de la escardilla, dos minutos despues la planta, orgullo del jardin, estaba arrancada de cuajo, sus hermosas flores destrozadas, y el tallo arrojado entre las malezas. Confieso que al obedecer á Margarita sentí cierto placer salvaje, que no podia explicarme. Cuando hube concluido, me acerqué otra vez á Margarita y le dije:

—Se acabó.

—Parece que ha gozado usted al hacer la operacion.

—Como en ninguna otra circunstancia de mi vida.

—¿Y por qué? me preguntó, abriendo desmesuradamente los ojos.

—No puedo decirlo á usted ahora, señorita; pero cuando esté usted más fortalecida le explicaré tal vez la razon.

Conocí que estaba fatigada, por lo cual añadí:

—Ahora debe usted retirarse á descansar, y

entretanto ¿qué debo sembrar en el lugar que ha quedado vacío.

—Poco me importa.

—¿Me permite usted plantar algo de mi eleccion?

—Si lo desea usted......

La ayudé á caminar hasta su cuarto. El ejercicio le habia aprovechado, abriéndole algo el apetito; y ademas habia yo logrado despertar su curiosidad y dar nueva direccion á sus pensamientos.

Me fuí á la posada, no sin decir á la señora que volveria el dia siguiente, y encargándole que no mencionase mi nombre delante de Margarita, á ménos que ella fuese la primera en pronunciarlo. Fuí á casa de un aleman que por allí cerca cultivaba flores para venderlas los domingos en el mercado de Carácas, y escogiendo la planta más hermosa y floreciente, convine con él en que iríamos el dia siguiente temprano y la sembraríamos en el mismo lugar que ocupaba el rosal, "de manera que ni la tierra misma echase de ver el cambio," para emplear el lenguaje del campesino.

Tan bien salimos en nuestra empresa, que ni la corpulenta mulata que servia á las dos mujeres vió la operacion; y yo torné á la posada, donde lleno de alegría tomé mi almuerzo compuesto de huevos frescos, mal pan y peor café.

VII.

A las diez estaba yo en la casa de Margarita, á quien ¡oh delicia! encontré en el jardin contemplando extasiada y sorprendida la intrusa planta. Al verme mostró en su semblante señales de satisfaccion, que ni ella trató de ocultar ni yo dejé de percibir.

—Esos son muchos adelantos, le dije. Ha salido usted al jardin sin ayuda agena.

—Tenia curiosidad de ver estas hermosas flores. Parece cosa de magia! me respondió.

—¿No echa usted de ménos las destrozadas ayer?

Miróme á la cara tranquilamente, y haciendo un esfuerzo para dominarse, respondió en voz apénas articulada:

—No.

Entramos á la casa donde me recibió contentísima la señora.

—¿Qué ha hecho usted, me dijo, para cambiar tan completamente á Margarita? Ya es casi una nueva criatura.

—Tan aprisa camina hácia su reposicion, le respondí, que vengo á despedirme de ustedes. Me dirigia á Puerto Cabello cuando tan oportunamente para todos me detuvo usted; y ya es tiempo de continuar mi viaje.

Estas palabras iban encaminadas á la madre, pero yo no perdia de vista á Margarita, para ver el efecto que producian en ella.

Manifestó ansiedad y pesar, pero nada dijo, al paso que su madre exclamó acaloradamente:

—Oh! no, todavía no! ...... no se vaya usted aún. Margarita recaerá si usted nos abandona, estoy segura de ello.

—¿Qué dice usted á eso, señorita? le pregunté. ¿Me amenazará usted con una recaida, despues que he arrancado de raiz la planta aquella?

—No sé, respondió con una sonrisa forzada.

—Debo ir á Puerto Cabello; pero si usted lo desea, señora, y si la señorita lo desea tambien, me detendré aquí á mi vuelta, es decir, dentro de dos semanas.

—Sí, señor, yo lo deseo, y Margarita tambien, ¿no es verdad, Margarita? exclamó la señora.

La jóven no respondió; pero sus ojos rasgados y pardos me lanzaron una mirada de tierna reconvencion que me penetró el alma.

—Volveré, dije, pero me va usted á prometer que dará un paseo todas las mañanas en compañía de su madre, y que cuidará las flores del jardincito.

Al hablar me apoderé por primera vez de la mano de la jóven, y se la estreché, despidiéndome en seguida de la madre y dirigiéndome apresuradamente hácia el paradero de los coches. En

los quince dias que permanecí ausente de Margarita no se separó un momento su imágen de mi pensamiento, acompañándome doquiera como una parte de mi existencia. ¡Cuán apresuradamente latia mi pulso cuando el coche se detuvo dos semanas despues, y el postillon dijo á los pasajeros: "Quince minutos de descanso!"

—¡Quince minutos! me dije á mí mismo: no! mi detencion aquí será para siempre. Así lo creia, pero á pesar de mi conviccion, el corazon queria salírseme por la boca, al dirigirme hácia la casita oculta entre los parrales. Al cabo llegué, entré en la sala y fuí recibido por la señora con muestras evidentes de contento. Pasamos al cuarto de Margarita. Levantóse ésta del asiento y se acercó á mí: al extenderme la mano trató de sonreir, pero turbada y conmovida á su pesar, se desató en llanto. La madre le echó los brazos al cuello y exclamó:

—Tan débil está aún esta querida niña, que no puede resistir á la conmocion.

—Lo siento mucho (¡qué mentiroso!); usted ha debido avisarle mi llegada.

Sin detenerme á conversar con Margarita, regresé á la sala. Por invitacion de la señora resolví permanecer allí algunos dias, y en la noche tuve con ella una larga conferencia en la que le referí mis relaciones con Pablo y le expliqué los motivos que me hicieron sospechar desde luego sus

ámores con Margarita. Por su parte, la señora Gaspar (así se llamaba), me contó su historia, que en resúmen es la siguiente:

Pablo y Margarita se habian conocido desde niños, pués las dos familias vivian en el mismo pueblo. Al llegar ambos á la edad de diez y seis años, manifestó el jóven tan ardiente afecto á la niña, que el matrimonio quedó arreglado para el dia en que aquel obtuviese el grado de doctor en medicina. A poco murió el señor Gaspar, italiano industrioso y honrado que á fuerza de economía habia logrado reunir una pequeña fortuna; pero á quien algunos malos negocios redujeron á la pobreza en sus últimos dias. Obligada la viudà á vivir económicamente, resolvió acercarse á la capital, y por indicacion de Pablo compró con el poco dinero que le quedaba el terreno y la casita donde la conocí y donde se proponia vivir modesta, pero tranquilamente hasta que, establecido Pablo en la ciudad, se verificase el matrimonio. El cambio de fortuna no efectuó al parecer ningun cambiamiento en Pablo, que se mostraba al contrario, más afectuoso que nunca. Margarita por su parte, lo idolatraba, hasta el punto de que interpretando mal el joven los sentimientos que ella abrigaba en su seno, se atrevió un dia á proponerle, en términos especiosos y sofísticos, que se trasladase á Cárácas sin esperar la celebracion de la "ridícula ceremonia." El golpe destrozó el co-

razon de Margarita; los deliciosos ensueños de su niñez, el recuerdo encantador de tantos momentos agradables, las tiernas efusiones del alma, todo se desvaneció como por encanto, quedando en su lugar el horrible y burlador espectro de la maldad. Concibió la niña un ódio profundo hácia Pablo, ódio que no bastó, sin embargo, para cicatrizar la herida y salvarla del terrible chóque.

Tal es la historia que me contó la señora Gaspar. Cuando hubo terminado, le comuniqué sin preámbulos ni circunloquios cuánto amaba á Margarita, por qué la creia destinada á ser mi esposa; le expliqué mi posicion, y le rogué que siguiese á ojos cerrados el plan que me proponia fijar para el completo restablecimiento de Margarita. Recibió la señora mi confidencia con sincero regocijo; díjome que su hija habia contado una por una las horas de mi ausencia; que al cabo de dos semanas empezó á dudar de mi retorno, y que al verme de nuevo no pudo resistir la emocion que le produjo mi presencia repentina. Hice que la señora me prometiese solemnemente no decir á Margarita ni una palabra de cuanto acabábamos de hablar, ni de mis relaciones con Pablo, ni de mi participacion en el secreto de su vida pasada.

Por la noche me retiré á mi cuarto con el paraiso en el alma. Nada diré acerca del éxtasis en que pasé la semana que permanecí en la casita,

Al partir para la ciudad, quedó convenido que volveria pronto, y un año despues fué Margarita mi esposa y los tres nos trasladamos á Carácas.

VIII.

Ya pueden ustedes figurarse el furor que se apoderó de Pablo. En su deseo de perjudicarme descendió hasta los más viles medios; pero todo en vano, pues él carecia de honradez, y sus dardos no podian herirme á mí que tenia conciencia y creia en Dios. Es cierto que Pablo goza de cierta fama por sus brillantes operaciones quirúrgicas; pero nadie tiene confianza en él, su reputacion entre las gentes sensatas no es buena, y vive una vida solitaria no animada por un rayo de sol.

Poco despues de nuestro matrimonio conté á Margarita cuanto habia pasado: la conversacion jactanciosa de Pablo en Carácas, la voz que me habló al oido, las revelaciones de mi corazon, todo, en fin.

—¡Ingrato! me dijo sonriendo, ¿cómo pudiste ocultarme tantas cosas en los dias de nuestras mutuas confianzas?

—Quien las ocultó fué el médico de Carácas, le respondí en tono grave.

—No importa, querido Julio; de todos modos, te has visto al fin envuelto para siempre en la inritga.

MI RIVAL.

Siento como principio incontrovertible que las nueve décimas partes de los hombres son desgraciados en sus primeros amores, y como verdad no ménos inconcusa, que la mayoría de los despreciados se alegran luego de haberlo sido. Si yo, por ejemplo, hubiera visto correspondida mi primera pasion, aquí me tendríais unido con lazo indisoluble á una mujer que, cuando le hice mi declaracion—no pasaba yo entónces de los doce años—contaba ya sus veinte y cinco, y que despreciando heróicamente la dote que junto con mi mano le ofrecia, compuesta de una Gramática latina por Burnouff, un Telémaco con traduccion interlineal, un cortaplumas y un par de botas nuevas para los domingos y dias de fiesta, tuvo lo osadía de mandarme jugar al trompo con mis compañeros de colegio, dándome para mitigar mi

desgracia un pedazo de jalea de guayaba con su correspondiente trozo de sabroso bizcochuelo. Si mal no recuerdo, era mi pretendida un tanto mofletuda, de pelo no muy suave al tacto, y algo pecosa: pero á mis deslumbrados ojos personificaba la heroina de una novela que en las horás de clase leia yo á la sazon, burlando la vigilancia de nuestro catedrático de menores en la Universidad de Carácas, el excelente y querido doctor Madrid.

Ya veis, pues, que no tuve motivo para contarme en el número de los que forman la excepcion de la regla general sentada al principio de mi narracion.

Tampoco puedo decir que fuí más afortunado en mis segundos amores, cuya llama prendieron en mi corazon los hermosos ojos de una prima cinco años mayor que yo, quien me tiró de las orejas cuando le espeté mi declaracion en la salita de su casa un domingo al mediodia. Dióme alientos para ello la circunstancia de haber estrenado aquel dia una chaqueta de alamares que me sentaba muy bien y hacia resaltar mi talle esbelto y bien formado; pero al punto comprendí que así y todo, no podia competir con un jovencito de poblado bigote, que llevaba con bastante donaire la casaca azul de alumno de la Academia de Matemáticas, y que para ir á visitar á mi prima adornaba sus hombros con unas preciosas cha-

rreteras de estambre encarnado. Llevando, pues, la mano á la oreja, víctima de mi atrevimiento, dirigí la vista al lugar donde debieran haber colgado las faldas de la casaca, y lanzando profundo suspiro, salí de la casa de mi ingrata prima jurando no volver jamas á ella.

Temeria cansaros si os refiriese uno por uno todos los chascos que me llevé en mi insensato empeño de ofrecer mi corazon y mi mano á cuanta mujer bonita se atravesaba en mi camino. Daré, pues, un salto de veinte años, y os contaré el lance más chistoso de mi vida, el que decidió de mi suerte y me obligó á ser lo que soy, es decir, un solteron sin más afecto que el de la vieja que me sirve de cocinera y ama de llaves; y todo por un, ... pero ya lo sabreis si teneis paciencia para llegar hasta el fin.

Las vicisitudes de la política, á la que como buen venezolano me entregué con alma y corazon, me hicieron abandonar la patria en 18....; y despues de peregrinar algun tiempo por las Antillas, fuí á parar á la ciudad de Nueva York, donde tras empecinada lucha con la adversa suerte, logré colocarme en posicion de vivir económica pero desahogadamente.

En la casa en que senté mis reales, del género de las conocidas con el nombre de *boarding houses*, ó sea casa de huéspedes á pupilaje, conocí á Rosa Matilde, amiga, como su madre, de mi pa-

trona, y convidadas ambas aquel dia á tomar el té con nosotros.

Todavía recuerdo con horror lo que en Nueva York se llama el té de los domingos, invencion sin duda de alguna vieja avara que se devanó los sesos buscando el medio de causar el dia del Señor á sus huéspedes una indigestion que los obligase á guardar dieta el resto de la semana. Figuraos una mesa cubierta con un mantel no siempre de virginal blancura: en la cabeza se sienta la patrona con una bandeja por delante, en la cual están colocados la tetera, un jarro con leche, otro con agua caliente, la azucarera, un vaso con las cucharillas, y el necesario número de tazas. Sentados los huéspedes al rededor de aquella mesa, tan recogidos como en misa, observan llenos de ansiedad las operaciones de la patrona al servir el brebaje bautizado con el nombre de té, y que en realidad no es sino una débil infusion de hojas secas, debilitada aún más en la mesa por medio del agua caliente que la digna señora le añade, con la caritativa intencion de evitar á sus convidados un ataque de nervios. En cuanto á la cantidad de leche y azúcar, diríase que se halla uno en una plaza sitiada cuyos víveres están casi agotados; tanto esmero pone la señora en escoger el terron más pequeño, y en no dejar caer en la taza sino unas cuantas gotas del lácteo líquido, que comunica al aromático cierto color muy semejante al

[illegible] á interesar á Rosa Matilde, brindándole del agua de jabón que ha servido ya para lavar muchas piezas de ropa.

En el centro de la mesa está una fuente llena de bizcochos confeccionados en la casa el día anterior, duros como palo, que caen al estómago cual bola de marfil; y que la señora no deja de recomendar como obra de sus propias manos. Una cucharada de ciruelas ó duraznos en almíbar, mejor dicho, en agua de azúcar; los consabidos bizcochos, una delgadísima tajada de carne ó jamón fiambre, y la taza del dudoso brebaje, he ahí cuanto constituye el *menu* del dominical banquete, al cual no es posible excusarse de asistir una vez invitado, so pena de pasar por incivil.

Por mi parte, pocas veces tuve que someter mi estómago á semejante tormento, pues mi fortuna me deparó el encuentro de algunas familias venezolanas, que con la afabilidad que las distingue donde quiera, me invitaban á tomar los domingos una buena taza de café con leche y otras golosinas de origen patrio.

Digo, pues, que en una de las ocasiones en que tomé el té en casa, conocí á Rosa Matilde y á su señora madre. Nunca he pasado como hombre temible para las mujeres, ni recuerdo haber inspirado jamás con mi elocuencia una pasión repentina; pero sí debo confesar que aquella noche se me desató la lengua, y á pesar de mi mal in-

glés, logré interesar á Rosa Matilde, hablándole de Pickwick, de las novelas de Collins, de los sermones de Beecher, del calor (porque estábamos en verano), y de todos los temas obligados de conversacion en circunstancias semejantes. ¡Oh momentos venturosos! jamás os apartaréis de mi memoria. Sentada en el extremo opuesto de la sala la madre de mi hechicera, dirigia de cuando en cuando hácia nosotros miradas bastante significativas; y por último, acercándose más á la patrona, le dijo algo que no oí, pero que obtuvo una respuesta de la cual llegaron hasta mí estas palabras: "Suramericano; rico: bonita herencia." La noticia produjo en la madre mal disimulada alegría, y le arrancó una sonrisa de complacencia y una señal de aprobacion dirigidas á la hija.

Luego se sentó ésta al piano y cantó algunos himnos religiosos, pues es preciso no olvidar que era domingo. Por supuesto que me encargué de hojear el papel de música, tarea que á decir verdad no sé si desempeñé bien ó mal; pero es lo cierto que en mi vida habia gozado tanto, y que trayendo á la memoria las palabras de uno de nuestros buenos escritores, exclamé entusiasmado: "¡Música! tú eres más que un don del cielo: tú misma eres una revelacion!"—Levantó hácia mí Rosa Matilde sus hermosos ojos y me preguntó si estaba recitando alguna oracion en latin, á lo cual me contenté con responder por miedo de

[illegible]

una sonrisa y lanzándole á mi vez cuantos dardos pude encontrar en la aljaba de mis ojos.

A las nueve de la noche acompañé á mis nuevas amigas á su casa, situada en Washington Place; y al despedirme de ellas en el umbral, no dejaron de decirme la frase sacramental *come again*, que equivale á nuestra retahila de palabras: "la casa está á la disposicion de usted...... será usted bien recibido cada vez que se sirva honrarla con su presencia," etc., etc.

Mi décima octava intriga amorosa marchó viento en popa, hasta el punto de convertirse en un compromiso de matrimonio entre Rosa Matilde y yo. Sí: un dia quedamos solos en la sala, pues la madre salió disculpándose con la necesidad de atender á un asunto *inesperado*. Así, como de ordenanza, la mano de la niña, y le dije que "mi felicidad..... mi vida futura..... dependian..... una palabra...... dichoso ó desgraciado......" Y Rosa Matilde contestó: "Dios mio, señor Suarez (me habia olvidado decir que me llamo Suarez, y que mi nombre de Pila, es Benjamin) es usted muy lisonjero...... ¿qué puedo yo decir que le haga feliz ó desgraciado?" "¿Qué puede usted decir?"—y luego, la antigua, cansada, risible, repetida y siempre nueva farsa—el rubor, las sonrisas, las lágrimas, el temblor de las manos, la sorpresa ..... y por remate de cuentas el *sí*, que la jóven quiere retardar aún, pero que estando des-

de el principio en la punta de la lengua, se escapa cuando ménos ella piensa.

Diez y siete representaciones de la misma escena cosmopolita le habian tal vez robado gran parte de su encanto: el despertar de diez y siete sueños consecutivos hacia quizás difícil el olvido de que todo no era más que un sueño; pero en medio de él se presentó la señora Weston, y naturalmente siguió aquello de "¿Quién se lo habia de figurar?...... estoy sorprendida...... y tú, picarona, disimulada...... ¿cómo has podido tenerlo tan oculto?" Y sin embargo, no me queda la menor duda de que aquella mujer y su hija habian discutido y vuelto á discutir mi persona y mi posicion, y las ventajas de su matrimonio conmigo, y las pocas probabilidades de que Brown se decidiese á hacer una declaracion, y el temor de que William perdiese el empleo de que dependian sus futuras resoluciones matrimoniales. A pesar de todo, me alegré en el alma de verme aceptado por Rosa Matilde, é inmediatamente compré en casa de Tiffany una sortija de diamantes que puse en el dedo anular de la niña aquella misma noche.

Perfeccionado el compromiso con la entrega del anillo, díme á prepararlo todo. Alquilé una casita en Brooklyn, la amueblé con arreglo al gusto de mi futura suegra, y fijamos dia para el matrimonio, que debia verificarse en el próximo Diciembre.

Trascurrieron los dias tan lentamente como de ordinario trascurren para quien aguarda la dicha; cuando he aquí que cuarenta y ocho horas ántes de la que yo creía poder anotar con tinta rosada en mi libro de memorias, se escapó por primera vez de los lábios de mi prometida un nombre.... el nombre de mi desconocido rival, del sér sobre cuya cabeza cayeron mis maldiciones por espacio de algunos meses.

La cosa pasó así. Habiamos ido al teatro; no recuerdo el nombre de la pieza; pero sí puedo decir que era una de esas pantomimas ridículas que tanto agradan á los yanquis. Terminada la funcion, nos dirigimos á casa de la señora Weston, donde nos tenian preparada una cena de ostras encurtidas. Sirviéronme de ellas dos veces, tan sabrosas estaban, y esta circunstancia, unida á la de hallarme sentado junto á mi prometida, que me concedía todos aquellos inocentes favores permitidos en presencia de una madre respetable, me tenían sumergido en una especie de éxtasis muy distante de pensar que la espada de Damocles estaba suspendida sobre mi cabeza. La chimenea bien provista repartía en la pieza un calor agradabilísimo: mi mano, armada del tenedor, se hallaba á mitad de camino entre el plato y mi boca: mis ojos contemplaban la lumbre, y recuerdo muy bien (porque en las épocas importantes de la vida los incidentes más insignificantes se

imprimen hondamente en nuestra memoria) recuerdo muy bien que al ver desprenderse de la chimenea un carbon apagado y rodar hasta la alfombra, hice el propósito de asegurar al amanecer los muebles; cuando vino á sacarme de mis reflexiones la voz de la señora Weston, que me decia:

—¿Le gustan á usted mucho las ostras, señor Suarez?

Pensé que la observacion era una indirecta por haberme servido dos veces, en cuyo caso pecaba de mezquina la señora, pues aquellas ostras formaban parte de un barril que yo le habia mandado de regalo.

—¿Le gustan á usted mucho las ostras, señor Suarez? repitió la señora; y sin darme lugar á responder, añadió: Tambien gustaban mucho al capitan Thomas, ¿no es verdad Rosa?

La espada se habia desprendido del cabello que la sostenia en el aire, descargando sobre mí golpe tan terrible, que me dejó aturdido por algunos momentos. El lector dirá sin duda: Y bien! ¿qué hay en ello de extraño? ¿qué significa el nombre del capitan Thomas, ni la circunstancia de gustarle las ostras? Nada, ciertamente; pero sí mucho el que Rosa Matilde se pusiese en pié al oir aquel nombre, y cubriéndose los ojos con el pañuelo, saliese apresuradamente del cuarto.

—¡Qué niña tan sensible! dijo la madre. No

nos atrevemos á mencionar su nombre en presencia de ella. Era una verdadera idolatría.

¡Una verdadera idolatría! pues no deja de ser lisonjera la ocurrencia, dije para mis adentros; y recobrando el uso de la palabra añadí en voz alta y con cierto grado de severidad en el tono:

—Con perdon de usted, señora, ¿me será *permitido* indagar *quién es* (acentuando enfáticamente las palabras subrayadas) ese capitan Thómas?

—Oh! respondió la señora Weston ¡adorable criatura! era.......

Y no dijo quien era, porque á la sazon entraba Rosa Matilde con los ojos encarnados como dos tomates.

—Perdona, querido Benjamin, mi debilidad, murmuró; sé que hago mal, muy mal, y que procedo como una niña.... pero ¡me amaba tanto! y yo.........yo...... (síntomas de lágrimas) gocé tanto tiempo de su compañía!

Ola! gozó tanto tiempo de su compañía! Luego......no, no es posible: eso seria inaudito. Ademas, era capitan, guerrero, hombre entrado en años; por supuesto un amante correspondido, mi predecesor en el corazon de aquella falsa niña y en las ostras de la señora Weston.

¿Qué partido tomar? ¿Romper con Rosa Matilde, y hacer venir el tapicero para que se llevase los muebles y me devolviese el dinero, prévia la correspondiente deduccion? No: la prudencia

me decia que yo saldria perdidoso en la negociacion; y por ende, yo amaba á Rosa Matilde. El capitan Thomas, ese comandante militar ó naval, pertenecia al pasado; yo era el conquistador actual, é hice voto secreto de una vez casado con Rosa Matilde, darle tantos motivos para que se le inflamasen los ojos, que le hiciesen olvidar á todos los capitanes del mundo.

Así, pues, dejé pasar aquel incidente; tomé como siempre mi ponche caliente de whiskey y agua; Rosa Matilde sacó de mi vaso varias cucharadas, quemándome al hacerlo la mano con la cucharilla, y por último, procedimos aquella noche como dos tórtolas enamoradas, totalmente olvidados de los pesares y ansiedades de la vida.

Amueblada ya la casa, fuimos los tres á verla el dia siguiente. Las alfombras estában colocadas en todas las habitaciones, y aunque los colores y dibujos no eran muy de mi gusto, éranlo del de la señora Weston, y eso bastaba. Admiramos las cortinas blancas, la loza de cristal con filetes dorados, los guardaropas de nogal, con espejos por hojas y tiradores de porcelana. Mi futura suegra declaró que la casa era una joya y que si los dos tesoros que me habia recomendado para cocinera y camarera la mantenian en órden, como ella se cuidaria de que sucediese, (á lo cual respondí con un *gracias* á secas, aunque resuelto interiormente á no dejarla mezclarse en nuestros asuntos do-

mésticos), podríamos vanagloriarnos de poseer la casa mejor puesta de Brooklyn.

Nos hallábamos en la sala de recibo; Rosa Matilde me hacia abrir todas las gabetas y puertas, sin consideracion alguna á mis pobres dedos; pero como aún no nos habiamos casado, no me era permitido negarme á nada; y nos disponiamos á salir de la pieza, cuando la señora Weston reparó en la alfombra delante del hogar.

—¡Qué hermosa y qué suave! con estos pensamientos azules tan bien figurados! Dan ganas de acostarse uno en ella! dijo mi suegra.

—Oh, sí, no hay duda, le respondí casi maquinalmente, y quise seguir adelante; pero me dejó clavado en mi puesto Rosa Matilde, exclamando dominada por súbita animacion:

—Oh, mamá! qué dichoso seria el capitan Thomas si se hallase aquí!

Diantres! Me encontraba por acaso cerca de un sofá de resorte en el cual me arrojé completamente anonadado. ¡Cómo! Despues de haberme sometido cual manso cordero á cuantas exigencias me habían hecho aquellas dos mujeres, á fin de amueblar lo mejor posible el nido en qué me proponia gozar á mis anchas de mi buena suerte, ¡venirme ahora con que el capitan Thomas seria muy feliz en la casa que me costaba tanto dinero! No me precio de emplear un lenguaje demasiado enérgico, y sin embargo, en aquel momento

solemne no pude ménos que decir: "¡Oh......!"

—Sí que lo seria, me interrumpió la víbora destinada á ser mi suegra. ¡Cuánto le agradaria esta alfombra, estoy cierta de que sabria apreciarla mejor que usted, señor Suarez.

—¿De véras?

—Sí, mamá, porque nadie me habria obligado á separarme de él, si no hubiéramos tenido la desgracia de perderlo, replicó Rosa Matilde.

Completamente privado del uso de la palabra al ver tanta audacia en mi novia, apénas pude lanzar una histérica carcajada.

—¡Prenda de mi alma! continuó la niña, cuya maldad provocativa dejaba muy atrás la de Desdémona cuando exasperaba á Otelo dándole el pañuelo que le suplicaba entregase á Cassio, tú tambien le habrias querido, Benjamin.

—No, de ningun modo, señora! No quiero que aquí venga ningun capitan. Yo...... yo...... puesto que la casa está amueblada y ya trajeron mi ropa nueva, nada más diré; pero no he de consentir aquí al capitan Thomas; ¡no, jamás!

Y con semejante golpe de autoridad cerré la discusion, muy distante de pensar que la suerte me tenia reservado para más luego el golpe de gracia.

Habíamos convenido en que aquella misma noche, víspera de la boda, es decir, del dia que debió ser el de nuestro matrimonio, tomariamos el

té en familia. En el pasadizo tropecé con un pastel, que el muchacho del pastelero habia dejado allí olvidado al entregar á la sirvienta la torta que habia encargado mi suegra para la boda. Es cosa dura que la costumbre haya establecido la necesidad de atrapar una indigestion el dia en que uno pasa á nuevo estado, pero no hay remedio; boda sin torta en Nueva York seria lo mismo que Nochebuena sin *hallacas* en la capital de Venezuela.

La primanoche trascurrió más bien mala que otra cosa: la casa estaba obstruida por cajas de todas clases y tamaños, cuyos ángulos verdaderamente agudos me maltrataron más de una vez las espinillas: Rosa Matilde estaba triste y se le arrasaron de lágrimas los ojos al servirnos el té, conmovida por la idea de que era la última vez que manejaba la tetera vieja de hoja de lata estañada. Vive Dios! como si fuese yo capaz de llevarla á vivir conmigo á una casa desprovista de tetera! y esto cuando acababa de pagar cincuenta pesos por una de plata!

Puse á los baules la direccion para que el expreso los llevase temprano al ferrocarril, pues debiamos ir á pasar en Baltimore la luna de miel. La señora Weston me estrechó fuertemente la mano al despedirme, diciéndome que no creia hubiese en toda la Union otro hombre á quien poder confiar la felicidad de su adorada hija. Lo mismo

habria dicho á Brown, Williams ó Robinson, estoy cierto de ello; pero hice cuanto pudé por mostrarme agradecido, y salí de la casa.

Apénas hube andado tres cuadras, recordé que no habiamos fijado hora para reunirnos el dia siguiente y trasladarnos á la iglesia de San Estéban, donde debia verificarse la ceremonia. A fin de evitar equivocaciones, me revolví. Del lado de fuera de la puerta, abierta de par en par, encontré á la irlandesa coqueteando, como de costumbre, con el policía; pasé por delante de ellos sin ser visto, entré en la sala principal, y en la del fondo oí.... sí, oí de boca de la misma mujer con quien iba á casarme, las siguientes apasionadas exclamaciones:

—Mi querido, mi adorado Thomas! al fin has vuelto, ingrato!

Y tras la última palabra se dejó oir cierto ruido, peculiar y confuso, remedo á un tiempo del trino de las aves, y del que hace un corcho al salir del cuello de la botella, ruido que mis lectores conocen sin duda, por experiencia propia. Ella, mi futura esposa, estaba besando al capitan Thomas, ó el capitan Thomas la besaba á ella, lo cua era para mí igual.

Habia en el corredor uno de esos muebles que sirven para colocar los paraguas y sombreros, y detrás de él me oculté, pues sentí los pasos de Rosa Matilde que dirigiéndose al descanso de la

escalera del comedor, gritaba con todos sus pulmones:

—Mamá! ¿lo creerá usted? ha vuelto! el capitan Thomas ha vuelto: entró por la ventana del fondo.

Bonitos estamos! dije para mi capote; ya me parece verme en letras de molde en la crónica de los tribunales, bajo el encabezamiento: "Horrible asesinato en Brooklyn! ¡Celos de un marido engañado!

—Y está tan flaco, mamá! oh, tan flaco! se conoce que acaba de salir del encierro.

De Sing-Sing, no queda duda, pensé.

—Y los bigotes, mamá, cómo le han crecido! tienen lo ménos una pulgada más de largo.

Volvió la niña á la sala, y volvió á oirse el trino de las aves unido al sonido del corcho.

—Pero mi querido Thomas no volverá á separarse de su Rosita, jamas, jamas, ¿no es cierto?

Lo que más me indignaba en la conducta de la descocada niña éra ver que el amor estaba todo de su parte, pues ni una sola palabra habia salido de los labios del capitan.

Creí haber oido lo bastante, ¿no lo creeis tambien vosotros? Escurríme, pues, de la casa, llegué á mi cuarto, arreglé mi maleta y tomé aquella misma noche el tren para Washington, de donde me hizo volver la semana siguiente á Nueva York una carta del abogado de la señora Weston.

Tratábase de una demanda por no cumplimiento de un contrato matrimonial, y se me exigia, no ya que cumpliese mi palabra, pues parece que la niña habia cobrado miedo á la violencia de mi carácter, sino una indemnizacion de diez mil pesos. En mi defensa, no dejó el abogado de apelar al corazon de los jurados, pintándoles con vivos colores los motivos de celos que me habian obligado á poner término á mis relaciones con Rosa Matilde; pero no hubo remedio: se me probó que el capitan Thomas era, ni más ni menos, un hermosísimo gato negro que Rosa Matilde habia criado desde pequeñuelo, y el jurado me condenó á pagar la indemnizacion, reduciéndola, sin embargo á mil pesos.

Pedí perdon por mi aturdimiento, supliqué á Rosa Matilde que reanudase las relaciones y olvidase lo pasado, ofreciendo curarme de la maldita propension á los celos; todo en vano. Á poco se casó la niña con Robinson, y mis mil pesos sirvieron indudablemente para amueblar la preciosa casita donde fueron á vivir, cerca del Parque Central, y en una de cuyas ventanas ví poco tiempo despues á mi mortal enemigo, el capitan Thomas, que se calentaba al sol tan contento y satisfecho como si en realidad fuese el dueño de la casa.

EL SECRETO BIEN GUARDADO.

CAPITULO I.

En el despacho del abogado.

—Es la cláusula más provocativa que haya podido inventarse para hacer nulas las concesiones de un testamento, dijo la dama.

—Es una condicion que se debe llenar, ó pierde usted irremisiblemente la herencia, replicó el caballero.

Y sin pronunciar una palabra más, comenzó éste á tocar con los dedos un aire marcial en el bufete forrado de marroquin verde ante el cual estaba sentado; miéntras la jóven llevaba el compas con la punta de su piecesito andaluz.

Porque era fácil conocer que el caballero estaba impaciente, y que la dama no lo estaba ménos. Duéleme tener que decir tal cosa de ella, pues era muy jóven y muy hermosa, y bien que el rayo de cólera que despedian sus pardos ojos le comunicaba cierta expresion de enojo, es lo cierto que su belleza era de las que todo hombre nervioso debe evitar.

Repito, que era muy hermosa. Sus cabellos castaños adornaban, formando ondas, su bien modelada cabeza, y salian en mazos de crespos por debajo de la elegante gorra negra. Los ojos, como dejo dicho, eran pardos, grandes y rasgados, y estaban medio velados por largas y negras pestañas: ojos mas peligrosos que cuantos se han inventado para perdicion de los hombres de bien. Parecian dos profundísimos pozos de agua cristalina circundados por espesos matorrales; ó bien estrellas descarriadas en un cielo sombrío; pero tan hermosos eran, que, como la linterna anunciadora de la marcha de un tren expreso en zaga de otro de carga, parecian decir "Peligro!" La nariz era aguileña; pequeña, bien cortada y de expresion firme la boca: la tez morena y algo pálida. En cuanto á lo demas, era la jóven alta, de cabeza bien sentada sobre los inclinados hombros, y mano y pié pequeños y delgados.

Tenia el caballero diez ó quince años más que ella, y era tambien hermoso, notablemente her-

meso; mas habia en sus maneras cierto aire de lánguida indiferencia que invadia hasta la expresion de su semblante, y que parecia sombrear la belleza de sus facciones, extendiendo sobre ellas un velo de negligencia y cansancio que extinguia la luz de sus ojos y borraba la sonrisa de sus labios.

Que persona tan bien dotada por la naturaleza pudiese sentirse tan hastiada de la vida como lo parecia el jóven á que me refiero, era ya por sí solo un misterio que nos obligaba á tenerlo por hombre bajo cuyo exterior tranquilo se ocultaba algun profundo y terrible secreto, impenetrable á los ojos del vulgo.

Era moreno y pálido, de facciones pronunciadas, ojos pardes y pensativos que rara vez miraban hácia arriba, ocultos como estaban por los gruesos párpados que los cubrian. La expresion de la boca era intelectual, los labios delgados; pero en su fisonomía se echaba de ménos una cualidad cuya ausencia indica falta de poder, fuerza suprema de la belleza masculina: la resolucion.

Hallábase sentado, como dejo dicho, delante de su bufete, tocando en él tambor con sus dedos blancos y afilados, con la vista inclinada al suelo y la hermosa frente velada por la tristeza.

La escena pasa en el despacho de un abogado, calle de San Francisco, ciudad de México, y la presencia un tercer personaje, una señora an-

ciana sentada en un mecedor, de belleza un tanto marchita ya, y vestida con lujo pero sin elegancia, quien ninguna parte tomó en la conversacion, limitándose á hojear una coleccion de periódicos que de cuando en cuando producian un ruido seco y desagradable para los nervios de la jóven y el caballero.

Era éste el abogado Alfredo Martinez, tutor de la jóven y albacea testamentario del señor Juan Llamósas, quien al morir instituyó por legatario condicional á su sobrina la señorita Leonor Llamósas, citada aquel dia ante su tutor y curador para imponerse de las condiciones algo raras del testamento. Amigo el señor Martinez del padre de Leonor, habia recibido de éste el delicado encargo de tutor de la jóven; y Leonor se habia acostumbrado desde su niñez á creer que si existen en la tierra la buena fé, la honradez y la amistad, en la persona de su tutor Alfredo Martinez se encontraban representadas aquellas virtudes.

—En primer lugar, querida Leonor, dijo el jóven, sin suspender el toque de tambor, y dirigiendo la vista al bufete, no á su interlocutora, ningun derecho particular tenia usted á la herencia de su tio Juan Llamósas.

—Yo era su pariente más cercano.

—Concedido; pero eso no es una razon para que él le tuviese á usted cariño. El padre y el tio de usted vivieron la mayor parte de su vida como

séres casi extraños; el segundo no vió á usted jamas, pues el primero vivió siempre con su familia de los pocos bienes que aportó su esposa al matrimonio; usted creció en la casa materna situada en Durango; y al morir su padre cosa de diez años ha, fué usted enviada á Paris al cuidado de su señora tia, con el fin de educarse allí; de manera que no conoció usted al señor Juan Llamósas, hermano único de su padre.

—Mi padre tenia horror á la idea de que se interpretase mal su conducta, y temió que al hacer que su hermano rico conociese á su hija, se creyese......

—Que deseaba apoderarse de las riquezas del hermano, ¿no es eso? A fé que tenia razon, pues todo el mundo lo habria creido, querida niña. El padre de usted procedió con el orgullo de un castellano viejo y el buen sentido de un caballero inglés; pero á los ojos del mundo procedió como un tonto. ¿De modo que jamas abrigó usted la esperanza de heredar la fortuna de su tio?

—Jamas, ni la deseé tampoco. Los pocos bienes de mi madre me habrian bastado.

—¡Pluguiese al cielo que nunca hubiera usted tenido un centavo más!

Y al pronunciar Alfredo estas palabras, desaparecieron por algunos momentos las sombras que nublaban su semblante, dejando ver en el fondo las huellas de un profundo pesar.

Tan rara era en él la animacion, que sorprendida Leonor por el cambio de maneras, le dirigió una mirada inquisitiva; mas ya habia vuelto á caer el velo sobre el semblante del jóven, que continuó en su acostumbrado tono de indiferencia:

—Con gran sorpresa de todos legó á usted sola su tio toda su fortuna. Extraña como era usted para él, semejante legado era un acto, no de amor á usted, sino de deber hácia su difunto hermano; pues la persona á quien realmente amaba no le estaba unida por ningun parentesco, y sin duda creyó el testador que seria injusto desheredar á su única sobrina por favorecer á un extraño. Ese extraño, ese protegido del tio de usted es hijo de una señora á quien él amó en su juventud, pero que amaba á otro hombre, más pobre y más humilde que el señor don Juan Llamósas, y que tuvo la franqueza de decírselo cándidamente, hablándole como toda mujer honrada debe hablar en asuntos que envuelven la felicidad ó infelicidad de la vida entera. El resultado fué que la jóven en cuestion se casó con su pretendiente pobre, Saturio Mejías, médico-cirujano de una aldea; y á los tres años murió al dar á luz un niño. Cuatro años más tarde falleció tambien el padre; y el tio de usted que habia hecho y cumplió el propósito de morir soltero, adoptó al huérfano de la mujer que lo habia despreciado, y se consagró á

educarle, no como á su presunto heredero, sino como á quien para labrarse una posicion no cuenta más que con sus propios esfuerzos. Dedicóse el jóven Enrique Mejías al estudio del derecho, y al año de haber defendido y ganado su primer proceso tuvo la desgracia de perder á su protector, quien no le dejó un solo centavo de herencia......

—Pero....

—Pero legó á usted toda su fortuna á condicion de casarse con Enrique Mejías dentro del año siguiente á la mayor edad de usted.

—¿Y en caso de casarme con otro, ó de negarme á ser la mujer del hijo de su boticario, debo perder toda la herencia?

—Hasta el último centavo de ella.

Un relámpago iluminó los ojos de la jóven á tiempo que levantándose del asiento y acercándose á Martinez, descansó en el hombro de este su preciosa mano.

—Sea! dijo sonriendo; perderé la herencia. Por parte de mi madre soy dueña de algunos centenares de pesos al año, lo bastante para vivir bien una mujer. Perderé la herencia y—un momento de pausa—me casaré con el hombre á quien amo.

He dicho que Martinez era de tez pálida; pero al pronunciar Leonor las anteriores palabras, su palidez ordinaria se convirtió en cadavérica lividez, y su cabeza se inclinó hasta tocar el pecho,

miéntras las tupidas cejas se contraian por el dolor sobre los medio cerrados ojos.

De pié la jóven tras la silla que ocupaba Martinez, con la mano enguantada descansando levemente en el hombro de éste, no pudo ver el cambio de fisonomía que acabo de relatar, y aguardó uno ó dos minutos, con la esperanza sin duda de oir aprobada su determinacion; mas al ver que ni una sola palabra interrumpia el silencio de la pieza, se alejó con señales evidentes de impaciencia, y volvió á ocupar su asiento al otro lado del bufete.

La indiferencia más completa estaba pintada en el semblante de Martinez cuando, alzando otra vez los ojos, dijo á la jóven:

—¡Pobre y romántica niña! ¡Despreciar una fortuna de muchos miles de pesos al año, sin contar la magnífica casa de San Angel y los terrenos adyacentes, para casarse con el hombre á quien usted ama! ¿Y me será permitido, encantadora y poética Leonor, preguntar á usted quién es el afortunado dueño de su corazon?

Sencilla en extremo parecia aquella pregunta, sobre todo cuando provenia de un hombre de negocios, mucho mayor que la jóven, amigo antiguo de su padre y tutor de ella misma; y sin embargo, pareció insufrible para Leonor. Un velo de pesar cubrió su hermosa frente; sus párpados se bajaron sobre los animados ojos, y sus labios tem-

blaron agitados por indomable conmocion. Permaneció algunos instantes silenciosa, miéntras Alfredo Martinez jugaba con un cortaplumas cuya hoja abria y cerraba distraidamente, sin dirigir una sola mirada á su preciosa pupila. La señora anciana continuaba en su ocupacion de hojear los periódicos, dejando á un lado la coleccion de *El Federalista*, para registrar la de *El Siglo XIX*.

Alfredo Martinez fué quien primero rompió el silencio.

—Querida Leonor! como tutor, autorizado hasta hoy para dirigir las acciones de usted, y de hoy en adelante con facultad—lo supongo—de guiarlas por medio del consejo, creo tener derecho á la confianza de usted. Dígame, pues, con toda la franqueza que debe usted emplear hablando con un abogado medio viejo como yo, ¿á quién ama usted? ¿quién es el preferido á Enrique Mejías, hijo adoptivo del tio de usted?

Por primera vez alzó el abogado los ojos al dirigir la palabra á la jóven, quien fijó en ellos una mirada llena á un tiempo de queja, de pesar, de indignacion; mirada que le obligó á bajarlos otra vez, y á continuar jugando con el cortaplumas.

—Tarda usted tanto en responder á mi pregunta, continuó, que principio á creer que su héroe pertenece al género mitológico, y que despues de todo, su corazon está aún libre. ¿No es así,

Leonor? Ha tratado usted poquísimas personas; la mayor parte de su vida la pasó en un convento de Paris, y cuando no, estuvo usted vigilada por su respetable tia; de manera que realmente no veo dónde ha podido usted enagenar su generoso corazon, y sospecho que trata usted de burlarse de mí. Una vez por todas, mi querida pupila, ¿ama usted á álguien?

Al hacer Martinez esta pregunta, volvió á dirigir hácia la jóven una mirada de ansiedad, semejante á la de quien espera recibir un golpe y está pronto á cerrar los ojos para soportarlo.

Desvanecióse el rubor que cubria el semblante de Leonor Llamósas, convirtiéndose en mortal palidez, á tiempo que en tono firme dijo:

—No!

—¿Á nadie?

—Á nadie!

Dejó escapar Martinez un suspiro de alivio, y prosiguió en su tono habitual de hombre de negocios:

—Muy bien, querida Leonor; puesto que no ha contraido usted ningun compromiso anterior; puesto que el tio de usted expresó el deseo ardiente, mejor dicho, la solemne súplica de que se verificase el matrimonio en cuestion, y puesto que Enrique Mejías es un excelente jóven......

—Odio á los jóvenes excelentes, interrumpió la niña con señales de impaciencia. Séres horroró-

samente perfectos, de cabello castaño y mejillas coloradas; vestidos siempre de negro, por motivos de economía, y calzando botas de doble suela. ¡Los detesto!

—Querida Leonor! La vida no es un drama ni una novela en tres tomos, y créalo usted, la felicidad de una esposa no depende del color del pelo, ni del corte de la casaca de su marido; depende, sí, de los sentimientos morales que este abrigue en su seno. Despréndase usted de todas esas ilusiones de niña: aprenda á despreciar todos esos héroes á la Byron, con el cuello descubierto, la mirada poética y el alma privada de sentimientos religiosos, y cásese usted con Enrique Mejías, jóven bueno, honrado y sensible, á quien estimará usted pronto. De la estimacion nacerá el amor, y por más paradójico que parezca lo que voy á decirle, convénzase de que le amará usted mejor no amándole demasiado.

—Hágase la voluntad de usted, mi querido tutor. Venga á mí Enrique Méjias, y con él las riquezas, las comodidades, el lujo. Sentiria mucho no seguir los consejos de usted, prudentes como los de un hombre de negocios.

En vano se esforzó la jóven en pronunciar las anteriores palabras con la mayor indiferencia; en vano, porque á su pesar dejó ver la agitacion que la dominaba.

—Si hemos de comer á las seis. . . . . se atrevió

á decir la anciana que leia los periódicos, cansada sin duda de esperar el término de la conversacion.

—Tiene usted razon, doña María, interrumpió Leonor; casi me habia olvidado de usted y por ello le pido mil perdones. Recuerde usted—continuó dirigiéndose á la anciana, y olvidándose completamente de Martinez, que de pié, hermoso é indiferente, apoyaba ambas manos en el bufete—recuerde usted que la felicidad de toda mi vida está quizás pendiente de esta entrevista. Al fin me he decidido á seguir al pié de la letra el consejo de mi tutor; decision que no lo dudo, hará dichosos á cuantos tienen interes en el asunto. Estoy á las órdenes de usted, doña Maria.

Alfredo Martinez se adelantó hácia la jóven, y tomándole la mano, le dijo:

—Conduciré á ustedes al coche que las espera en la puerta. Ha procedido usted prudentemente, Leonor; con mayor prudencia de la que usted se imagina.

Cuando las dos damas hubieron entrado en el coche y ocupado su respectivo asiento, el abogado introdujo la cabeza por la ventanilla, y dijo:

—Esta noche conduciré á Enrique Mejías á la casa de usted y lo presentaré á su futura esposa.

—Mucho lo agradeceré á usted. Adios.

—Hasta las ocho.

Permaneció Martinez en el umbral de la puer-

ta hasta que el coche hubo desaparecido de su vista. Dirigióse en seguida lentamente á su despacho, sentóse en un mecedor, sacó de su preciosa tabaquera un puro legítimo de la Habana, lo prendió y se entregó á profunda meditacion, esperando que lo llamasen á comer.

Al frotar maquinalmente el cerillo con que encendió el puro, contempló un momento la azulada llama, y dijo en voz alta, como si se dirigiese á otra persona:

—Será prudente confiar el secreto á Mejías?

Al cabo de algunos momentos de inaccion, levantóse repentinamente del asiento, y recorriendo la habitacion á largos pasos exclamó:

—Oh! ¿por qué has dejado de ser hombre honrado, Alfredo Martinez?

do Martinez. Acaso habia preferido el célebre abogado como muchos jóvenes prefieren hoy dia, la libertad del celibato á los encantos del himeneo; tal vez en su corazon no habia cabida sino para aspiraciones de diverso género; lo cierto es que cuando otro cualquiera habria comprometido la tranquilidad de su alma en el trato frecuente de su interesante pupila Leonor Llamósas, Alfredo Martinez, léjos de esquivarlo lo solicitaba, como para hacer ver lo invulnerable de la coraza que le protegia.

Pocos meses hacia que Leonor habitaba en México. Educada, como queda dicho, en Paris, lanzóse llena de timidez en el seno de la sociedad mexicana, protegida por la anciana señora que su tia y su tutor le escogieron por compañera. El mundo era cosa nueva para ella acostumbrada á la reclusion del convento; por lo cual nadie extrañaba su inclinacion al retiro, á pesar de ser la heredera universal del señor don Juan Llamósas.

Alfredo Martinez fué naturalmente el guía escogido por Leonor para que la condujese en el difícil sendero que la cláusula testamentaria de su tio abria ante sus inexpertos ojos; Alfredo Martinez, cuyo recuerdo se confundia en la imaginacion de la jóven con las escenas de su feliz niñez, y á quien desde entónces se habia acostumbrado á mirar como amigo sincero, como hermano mayor lleno de afecto y experiencia. Por

eso la hemos visto someterse sin resistencia á las indicaciones del abogado.

Al oir Leonor que el coche se paraba en la puerta de su casa, encendiéronsele las megillas y dijo en tono burlon á la señora María:

—Alií tenemos á mi incomparable novio con el cabello cortado á cepillo y las botas de suela doble.

—Haria muy mal en venir con botas gruesas á una visita de ceremonia; pero el señor Martinez dice que es tan buena persona.......

—Exactamente, mi querida doña María; lo acaba usted de describir en una sola palabra: es *una persona*.

Y elevando los ojos al cielo, murmuró la jóven en tono de sentida queja:

—Oh! mis ensueños! mis queridos ensueños!

El indio que hacia de portero y sirviente á un tiempo abrió la puerta de la sala é introdujo en ella á los señores Alfredo Martinez y Enrique Mejías.

Involuntariamente alzó Leonor los ojos para conocer al hombre á quien despreciaba tanto como aborrecia. De pié delante de ella, con el sombrero en la mano y en actitud cortés y respetuosa estaba un jóven tres años mayor que ella al parecer, de pelo castaño oscuro, que formaba al rededor de su ancha y despejada frente algunos crespos cortos y graciosos. La expresion

general de su fisonomía era grave, y solo de cuando en cuando se dibujaba en sus labios perfectamente cortados una sonrisa benévola. Al lado de Alfredo Martinez no parecia hermoso; pero á los ojos de un fisonomista su semblante indicaba la posesion de las cualidades que faltaban al tutor de la jóven, es decir, resolucion, confianza en sí mismo, perseverancia; cualidades que, como se sabe, constituyen al hombre de mérito.

—El señor Mejías aguardaba con ansiedad la hora de presentarse á usted, señorita Leonor, dijo Martinez, pues sabe desde hace algun tiempo la cláusula del testamento que hoy tuve el honor de comunicar á usted.

—Preferiria que la señorita Llamósas no se hubiese impuesto jamás de esa cláusula, si ella ha de causarle alguna pena, repuso tranquilamente Mejías.

Miróle Leonor á la cara, y sus ojos se encontraron con otros cuya expresion límpida y serena le causó cierta emocion.

—No es tan despreciable como me lo habia imaginado, pensó, y he hecho mal en ridiculizarlo; pero conozco que jamas podré amarlo.

—Señorita Leonor, continuó el jóven, sentándose en una silla cerca del sofá, miéntras Martinez permanecia en pié algo retirado; nos encontramos en circunstancias tan peculiares, que importa á la felicidad de ambos el explicarnos mútua y

francamente. El finado tio de usted fué amigo íntimo de mi padre, y me amó como pocos padres aman á sus hijos; por lo cual no necesito decir á usted que el cumplimiento de sus menores deseos es para mí una deuda sagrada. Pero desde muy temprano se me enseñó á confiar sólo en mis propios esfuerzos, y siento orgullo al decir que mi mayor ambicion es llegar al término de mi carrera sin ayuda del dinero. La pérdida, pues, de la herencia no seria una pérdida para mí, y si á usted no le agrada aceptar mi mano, puede usted rechazarla y conservar una fortuna á la cual tiene derechos de que yo carezco. Para garantir á usted contra toda reclamacion posterior, suplicaré al señor Martinez, tutor de usted y albacea de su tio, que extienda mañana mismo un documento, por el cual renunciaré en favor de usted toda pretension á la herencia. Pronuncie usted una sola palabra, y me verá usted decirle esta noche adios para siempre; ántes que—añadió en voz baja y envolviendo con la mirada la interesante persona de la jóven,—ántes que mi corazon se interese hasta el grado de impedirme ser justo.

—Señor Mejías, dijo Alfredo Martinez, que bajo el velo de su acostumbrada indiferencia habia estado observando atentamente á los dos jóvenes, está usted resucitando la antigua virtud romana.

—¿Debo irme ó quedarme, señorita Llamósas? preguntó el jóven.

—Quédese usted, señor Mejías!

Púsose en pié Leonor al pronunciar estas palabras; y apoyándose con una mano en el espaldar de la silla que le quedaba más cerca, como si temiera que le faltasen las fuerzas, continuó:

—Quédese usted, señor Mejías. Si la union deseada por mi tio puede contribuir á la felicidad de usted, cúmplase la voluntad de aquel. Yo no debo poseer unas riquezas que no me pertenecen, pero participaré de ellas. Confesaré á usted, cierta de que sus sentimientos generosos sabrán apreciar el valor de mi confesion, que yo habia osado forjarme una dicha muy diversa y asociado á ella el nombre de otro sér; pero todos mis ensueños se han desvanecido como el humo. Acepte usted, si puede, la fortuna de mi tio y mi estimacion; la una es de usted por derechos propios; la otra ha sabido usted conquistarla con su noble proceder de esta noche.

Y tendió la mano al jóven, quien despues de estrecharla ligeramente, puso en ella los labios, conduciendo en seguida á Leonor hasta el sofá y sentándose á su lado.

Alfredo Martinez cerró los ojos como para mitigar la dureza del golpe.

Lentas trascurrieron las pocas horas que duró la visita. Martinez trató de animar la conversacion, hablando con su acostumbrada fluidez; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el auditorio.

Leonor estuvo distraida, pensativo Mejías, y doña María estúpida como nunca. El abogado trató de contener dos ó tres bostezos, y al dar el reloj las diez y media, se despidieron los dos visitantes, dejando á Leonor sumergida en sus penosas reflexiones, y dudando si habria hecho bien ó mal en contraer tan solemne compromiso, guiada por un impulso momentáneo.

—Tomaré un coche de sitio que me lleve á casa, dijo Mejías al salir á la calle. Deseo á usted muy buenas noches, señor Martinez.

—No, señor Mejías, tengo que decir á usted algo, y prefiero para ello la noche al dia. Si usted no teme una trasnochada, sírvase venir conmigo á mi casa, donde le ofrezco un excelente puro. Necesito conversar una hora con usted ántes de que vea usted á Leonor otra vez; y me alegraria mucho de que nuestra conferencia no pasase de esta noche.

Sorprendió á Mejías el tono solemne de su compañero; mas limitóse á indicar su asentimiento con una inclinacion de cabeza, y con las siguientes palabras pronunciadas en tono indiferente:

—Estoy á las órdenes de usted. Si fuese ahora á casa, me pondria á leer dos ó tres horas, de manera que no debe usted abrigar el temor de incomodarme.

Alfredo Martinez y Enrique Mejías conferenciaron dos horas en la casa del primero. Los pu-

ros se quedaron intactos, lo mismo que la botella de vino Madera que el sirviente colocó á su lado ántes de principiar la conversacion.

El reloj daba las dos de la mañana, á tiempo que Alfredo Martinez abria la puerta de la calle para dar salida á su visitante, y poniéndole la mano en el hombro le dijo á media voz:

—Me considero fuera de peligro! El juramento de usted es sagrado!

Volvió la cabeza Enrique Mejías, y fijando en su compañero una mirada que hizo bajar los ojos á éste, dijo:

—Los Mejías de San Luis no son nobles ni ricos, pero son honrados y cumplen su palabra. Buenas noches.

No tendió la mano á Martinez ni hizo más señales de despedida que una cortesía grave.

Alfredo Martinez lanzó un suspiro al cerrar la puerta, y se dirigió á pasos lentos hácia la pieza que le servia de despacho, la misma en donde le vimos en conferencia con su pupila al principio de esta historia.

—Al fin estoy salvado! exclamó. Pero tambien habria podido ser feliz. ¿Habré obrado con prudencia esta noche? ¡Quién sabe!

CAPITULO III.

La luna de miel.

Tres meses van trascurridos desde la escena á media noche en la habitacion de Alfredo Martinez, escena cuyo final conoce el lector, pero cuyos detalles me veo obligado á silenciar, por la sencillísima razon de que yo mismo los ignoro.

La ciudad de México presenta la animacion natural en un pueblo que tras tantos años de guerra ve al fin asomar en el horizonte los albores de una paz sólida. Numerosa es la concurrencia que asiste á los diversos teatros, sobre todo al Nacional, donde una escogida compañía italiana encanta los oidos con las armonías de Bellini, Donizetti, Verdi y Rossini: en el Principal, una mexicana nos regala con las óperas bufas de Offenbach traducidas al español; y en el de Iturbide, no convertido aún en el templo de las leyes, arrancan aplausos el célebre Valero y la simpática Carrion

En fin, todo era alegría y contento en la capital de la República mexicana cuando Enrique Mejías y su linda esposa Leonor Llamósas volvieron á ella despues de haber recorrido Puebla, Orizaba y Córdoba en los dos primeros meses de su luna de miel.

Los pocos dias que precedieron al enlace no fueron, como debe suponerse, muy gratos para los dos jóvenes, que echaban de ménos, y con sobrada razon, el poético prólogo compuesto de incertidumbres, ensueños, ternuras y esperanzas, y cuyo recuerdo endulza más tarde el acíbar que rara vez deja de contener en su fondo la copa de la vida conyugal. De todo eso careció aquel matrimonio ordenado por la inexorable voluntad de un tio; fundado en la estimacion, no en el amor, y en el cual habia consentido Leonor llevada por el generoso impulso de su carácter impetuoso, incapaz de resistir las emociones repentinas.

¿Es dichosa Leonor? ¿Pueden acaso la fria estimacion, el respeto tranquilo que le merece el hombre aceptado por ella, satisfacer el alma ardiente de la romántica niña?

Dos meses lleva ya de casada y ni una sola vez ha vuelto á ver á Alfredo Martinez, único amigo que cree tener en México, exceptuando, por supuesto, á su marido, desde la mañana en que tomándola de la mano, tan fria como el hielo, la puso, como tutor representante de su finado padre,

en poder de su marido. Recordaba ella que cuando la mano de Martinez se puso en contacto con la suya, estaba no ménos helada, y que su semblante, siempre tranquilo, dejó ver una palidez mayor que de ordinario al ser iluminado por el rayo de sol que penetró por la ventana de la iglesia; mas no por eso habia dejado de hacer cumplidamente los honores del almuerzo, de pronunciar un bríndis en honor del novio y la novia, de cumplimentar á los padrinos, ni de fascinar á todos los presentes con la gracia y la maravillosa soltura que le distinguian. Y si Leonor llegó á figurarse algun dia que por consideracion á su padre, ó por su propio mérito, era para Alfredo Martinez algo más que cualquiera de sus clientes, debió quedar desvanecida semejante idea ante el frio y ceremonioso *adios* con que se despidió de ella á poco de terminar el almuerzo de bodas.

Estábamos á mediados de Junio, y Leonor se hallaba sentada en su sala, aguardando algunas visitas. Una semana hacia de su vuelta á México, y Alfredo Martinez no se habia aún presentado á cumplir con los deberes de la cortesía. Hastiada parecia la jóven aquella mañana, tal era su empeño en buscar algo que la distrajese. Ora se sienta al piano y hace oir algunas notas de una melodía triste, cantando al mismo tiempo unas pocas frases en italiano; ora toma de la mesa una novela y recorre distraida la primera página que

se le presenta á la vista; ya se dirige á un costurero, escoge estambres de varios colores, ensarta una aguja y da dos ó tres puntadas, abandonando en el acto la tarea; ya recorre la sala en toda su extension, parándose á contemplar los cuadros que adornan las paredes cubiertas de papel color de perla con florecitas doradas; hasta que tirándose en un sillon cerca de una de las ventanas que dan al balcon, fija la vista, sin mirarlo, en el jardincito de flores que lo adorna.

Hermosa como siempre está Leonor; pero no parece feliz. El abundante pelo que sirve de complemento á su preciosa cabeza, está tirado hácia atrás y recogido en la nuca, formando una sola trenza que desciende hasta la cintura; su sencillo traje de mañana no tiene más adornos que algunos lazos de cinta color de violeta, y por única joya lleva al cuello una delgada cadena de oro, que tuerce y retuerce distraida en sus perfilados dedos.

Media hora más ó ménos permaneció sentada, con la vista fija en el enlosado del frente de la calle, que alcanza á ver por entre las flores del balcon. De repente se pone en pié como movida por un resorte, y se retira hácia el interior de la sala, tirándose, más bien que sentándose en el sofá.

Es que ha visto á la persona cuya visita aguarda, á un caballero que con paso lento atraviesa la

calle, se acerca á la puerta de la casa y levanta la aldaba para llamar.

—Al fin! dice Leonor: quizás logre hoy aclarar tanto misterio.

La criada abre la puerta de la sala é introduce al señor Alfredo Martinez.

—Al fin! repite en alta voz Leonor dirigiéndose á su tutor. Oh, señor Martinez! no sabe usted con cuánta angustia é impaciencia le estaba esperando!

Dirigió el caballero la vista á la mesa del centro, como para buscar entre los diversos adornos que la cubrian un lugar donde colocar su sombrero, y no hallándolo lo puso en una de las sillas que le quedaban á su lado. Mirando entónces con la mayor indiferencia á la jóven señora, le dijo:

—¿Impaciente de verme, Leonor? ¿y por qué?

—Porque tengo necesidad de hacerle dos ó tres preguntas, á las cuales debe usted responder.

Pasó como un relámpago sobre el semblante de Martinez la expresion de pesar que otras ocasiones ha notado el lector, pero tan rápido fué su paso, que Leonor no pudo percibirla. Sentóse luego en un sillon que acercó al sofá, pero teniendo cuidado de dar la espalda á la ventana y dijo:

—Querida Leonor.... señora de Mejías ¿qué preguntas puede tener usted que hacerme, excepto algunas puramente relativas á negocios? Y áun

á esas, supongo que su marido, tan práctico como yo en tales materias, se hallará en capacidad de responder mejor que yo.

—El señor Mejías es la última persona á quien me dirigiré en solicitud de una respuesta á las preguntas que deseo hacer.

—¿Y por qué?

—Porque las preguntas tienen relacion con él mismo.

—Oh! ya comprendo. Pero, ¿no cree usted, señora, que es demasiado pronto? ¿Apela usted de su marido para ante su abogado?

—No, señor Martinez; apelo para ante mi tutor.

—Perdone usted, querida Leonor, ya no existe semejante individuo, está difunto, se ha extinguido. Desde el instante en que coloqué la mano de usted en la de su marido, al pié del altar mayor de la iglesia de San Fernando, espiró mi derecho de aconsejar á usted, como espiró el de usted á consultarme. A partir de aquel dia, solo un tutor, un consultor, un amigo tiene usted, y su nombre es Enrique Mejías.

Las ojos de la hermosa Leonor se arrasaron de lágrimas, y su frente se anubló por el sufrimiento, al responder en estos términos:

—Dios me libre, señor Martinez, de que se me escape una sola palabra que pueda interpretarse como reproche á usted. Los deberes que usted ceeptó como tutor mio, á solicitud de mi mori-

bundo padre, los ha desempeñado usted tan fiel y concienzudamente como debia esperarse de un hombre cuya reputacion inmaculada y elevada posicion le ponen á cubierto de toda sospecha. Pero debo confesar que varias veces he echado de ménos, en el desempeño escrupuloso de los deberes de usted, como tutor mio, la ternura fraternal, la amistad de compañeros de juventud á que me consideraba acreedora de parte del amigo íntimo de mi padre, que no vaciló en poner en manos de usted la suerte de su única hija. Soy incapaz, repito, de dirigir á usted la menor queja por un acto del cual yo soy la única responsable; pero no puedo ménos que recordar que un pequeño esfuerzo de parte de usted habria bastado para impedir mi matrimonio.

—¿Luego, no es un enlace feliz?

—¡Es el más desgraciado de cuantos se han contraido!

Guardó Martinez algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales dijo:

—Mi querida señora Mejías, al acusarme usted de falta de ternura en mi conducta hácia usted, de poco afecto á la memoria de su apreciable padre, que tan bueno fué conmigo, me acusa usted de faltas por las cuales soy tan responsable como lo podria ser por el color de mi pelo ó el corte de mis facciones. Me acusa usted de lo que constituye tal vez la maldicion de mi existencia; de te-

ner un corazon incapaz de abrigar ningun afecto profundo, ninguna amistad sincera hácia otro sér viviente. Aquí me tiene usted á los treinta y cinco años de edad, sin amar ni ser amado, sin un solo lazo que no pueda desatarlo tan fácilmente como pago el alquiler de la casa ó arreglo el baúl para emprender un viaje. Mi vida es un martirio, un horrible presente, que no puede volver atrás en busca de un pasado ménos triste, ni ver hácia adelante para forjarse un porvenir más halagüeño!

Su voz profunda y musical se convirtió en triste cadencia al pronunciar las últimas palabras, y sus melancólicos ojos se inclinaron al suelo, en el cual trazaba con la punta de la, varita algunos círculos misteriosos. Al cabo de unos instantes de silencio alzó la vista y continuó.

—Pero me dijo usted que tenia que preguntarme algo.

—Sí, señor, y voy á hacerlo en seguida. Antes de casarme con Mejías, ¿se celebró algun arreglo respecto á los bienes? Nada me dijo usted entónces, y yo, completamente ignorante en materia de intereses, no me curé de informarme; ademas de que tenia motivos para creer á mi marido el más honrado de los mortales.

—¿Qué arreglos se hicieron? dijo Martinez repitiendo la pregunta, cual si le cogiese de sorpresa.

—Sí: ¿qué parte de la herencia se me destinó?

—Ni un solo centavo.

Y al ver la sorpresa pintada en el semblante de la jóven, continuó con la mayor indiferencia:

—Ni un solo centavo! En el testamento del tio de usted no se encuentra una sola palabra relativa á la division de los bienes. Toda su fortuna la legó á usted, pero con la expresa condicion de que la gozaria en union de su hijo adoptivo Enrique Mejías, lo cual indica no sólo un prófundo cariño hácia el jóven, sino tambien una fé implícita en su honradez. El haber puesto los bienes en cabeza de usted, ó limitado las facultades de su esposo, habria equivalido á anular el testamento de su tio; y por eso no me ocurrió jamas la idea de un arreglo. Quizás haya procedido mal como abogado; pero creí, querida Leonor, que era la única línea de conducta compatible con las disposiciones testamentarias del tio de usted.

—Luego Enrique Mejías es dueño único de mis...... de esas riquezas?

—Como marido de usted, sin duda alguna.

—¿Y puede, si le da la gana, vender la finca de San Angel?

—Sin duda que sí.

—Entónces debo decir á usted, señor Martinez, que quiere venderla, y que la venderá.

—¿Vender la posesion de San Angel?

—Sí!

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la jóven al fijarlos en los del abogado, como buscando en ellos un rayo semejante de sorpresa ó indignacion. Pero esperó en vano, porque sólo obtuvo la siguiente respuesta, pronunciada en tono glacial.

—Pues bien, señora Mejías, su marido procede, á mi ver, como hombre precavido, pues la casa de San Angel es una de las fincas más improductivas de los alrededores de México. Y si no, dígame usted, ¿cuánto ha producido á la testamentaría de su tio, desde que yo me encargué de administrarla como albacea? Eche usted una ojeada á las cuentas que entregué al señor Mejías pocos dias despues de su matrimonio, y se convencerá de que la finca en cuestion es una fuente de gastos. Mas, ó mucho me equivoco, ó el marido de usted tendrá que quedarse con ella, por falta de compradores.

—Pero la falta de sentimiento, el ultraje á la memoria de mi pobre tio!

—La memoria de su tio no se conservará un solo dia más por el hecho de retener usted la posesion de San Angel. ¿Cuándo dijo á usted Mejías que pensaba venderla?

—A la vuelta de nuestra excursion. Yo le sugerí la idea de irnos á pasar en ella el verano.

—Y él......?

—Me contestó que era impesible, pues habia que deshacerse de la casa.

—¿Le preguntó usted la razon?

—Sí, y me respondió que no podia revelármela entónces, y que tal vez no podria revelármela jamas. Añadió, que si yo le amaba, debia confiar en él y creer que cualquier resolucion que tomase seria la mejor y más prudente.

—Y á pesar de eso, ¿duda usted aún de él?

—¿Cómo no dudar, cuando se niega á darme un solo centavo de la fortuna que yo le he traido? El marido de una mujer rica se complace en practicar la economía en los menores detalles. No me atrevo á encargar una joya, un cuadro, un mueble, un tiesto para flores; pues al instante se me dice que tales gastos exceden á nuestros medios actuales, y que debo esperar hasta tener dinero sobrante. Ademas, su profesion le es mil veces más cara que su mujer; y ningun procurador ó covachuelista, con una madre y varias hermanas que mantener, trabaja más que mi marido, ni se dedica con más ardor á la rutina del foro.

—Leonor! el marido de usted es el hombre de alma más elevada, de conciencia más recta que existe en el mundo. Ya sabe usted que pocas veces me tomo el trabajo de elogiar; pues bien, créame usted cuando elogio hoy á Mejías; créame usted, ya que no puede creerlo á él.

—Usted tambien toma partido en mi contra!

Oh! á su turno créame usted cuando le juro que no es dinero lo que me hace falta; que no es la posesion de las riquezas lo que disputo. Es que me desangra el corazon el verme unida á un hombre que no puedo respetar ni estimar. No le pido ni le ofrezco amor; pero sí deseo ardientemente que se haga digno, á lo ménos, de mi aprecio.

—Sólo puedo decir á usted, Leonor, que usted se engaña respecto de su esposo.

Oyóse en la escalera el paso rápido y firme de una persona que subia, y á poco se presentó en la puerta de la sala el dueño de la casa, con el semblante animado y contento. Acercóse solícito á su esposa; mas á la vista de Alfredo Martinez, dió un paso atras y frunció el entrecejo.

—Señor Martinez, dijo, creia que habíamos convenido......

El abogado le interrumpió:

—¿En jamas pisaria estos umbrales? Es cierto.

—Enrique! Enrique! exclamó Leonor, interrogando con la vista á los dos personajes; señor Mejías! en nombre del cielo, ¿qué significa esto?

—Nada que pueda afectarte en lo más mínimo, Leonor. Un desagrado entre el señor Martinez y yo, por causa de negocios, y nada más.

Su esposa apartó de él la vista, en señal de desprecio; y volviéndose hácia Martinez, descansó la mano en el espaldar de la silla donde éste se habia sentado: accion pequeña en sí misma, pero

que significaba claramente: "En él tengo confianza, á despecho tuyo, á despecho del mundo entero."

No pasó desapercibida de Mejías, que le dirigió una mirada grave y preñada de reproches, añadiendo:

—En circunstancias tales, señor Martinez....

—Ningun derecho tengo para venir aquí; pero....

Viendo Leonor su vacilacion, le interrumpió:

—Escribí á mi tutor, suplicándole que viniese á verme. ¿Qué quiere decir esto, señor Mejías? ¿Qué misterio hay en lo que está pasando? ¿He de ver que se insulte en mi casa á mis mejores y más antiguos amigos?

—La mujer casada no tiene más amigos que su marido, y yo soy dueño de no querer recibir en *nuestra* casa la visita de Alfredo Martinez, dijo Mejías en tono frio y grave.

—No atormentará á usted más la presencia de Alfredo Martinez, señor Mejías.

Púsose en pié el abogado al decir las anteriores palabras, y dirigiéndose despacio á la puerta, añadió:

—Buenos dias.

Con la mano puesta ya en el boton de la cerradura, dió algunos pasos atras, y con voz cuya emocion se esforzaba en dominar, dijo:

—Déme usted la mano, Leonor.

Tendiósela ambas la jóven, permitiéndole que las estrechase algunos segundos, hasta que, haciendo un supremo esfuerzo, las soltó y dijo:

—Perdone usted, Leonor, y adios!

Desapareció Martinez; pero sin darse Leonor por vencida, salió al corredor exclamando:

—Señor Martinez! mi tutor! Alfredo! venga usted, aunque no sea más que un minuto, venga usted!

Su marido la siguió y asiéndola del brazo con su robusta mano, la condujo otra vez á la sala.

—Leonor Llamósas de Mejías, díjole, escoge entre ése hombre y yo! Si tratas de reanudar las relaciones, ó mantienes con él alguna correspondencia que no pase por entre las manos de tu marido, óyelo bien, nos separamos para siempre.

Dejóse caer Leonor en una silla, y llorando como una niña, murmuró:

—Mi único amigo y verme separada de él!

Su marido permaneció en pié, algo distante de ella, y mirándola apasionadamente, miéntras daba rienda suelta á sus tumultuosos sentimientos.

—¡Cuánta miseria! qué tremenda fatalidad! exclamó en voz alta. ¡Y sin esperanza de que termine, sin probabilidad de remediarla!

CAPITULO IV.

Tres años despues.

Enrique Mejías se entregó al ejercicio de su profesion con el ardor que los hombres de carácter enérgico emplean en cuanto emprenden; obteniendo por resultado reputacion envidiable y clientela productiva. A menudo le sorprendia la mañana sentado en su bufete, donde habia pasado la noche, miéntras su esposa animaba con su presencia una sala de baile, y prestaba oidos á las lisonjeras palabras de sus numérosos admiradores. Porque para Leonor no ser dichosa equivalia á ser completamente desgraciada; y creyéndose ofendida por lo que llamaba avaricia de su marido, y más profundamente herida por su respetuosa reserva, buscó en la sociedad elegante de México, los placeres que le rehusaba su tranquilo hogar.

—Su profesion es lo único que le interesa, so-

lla decirse á sí misma Leonor; pero, á Dios gracias, me queda el mundo, la sociedad, y ya que no puedo ser amada, le probaré que sí puedo ser admirada.

Alfredo Martinez asistia á casi todas las reuniones donde concurria Leonor. El abogado rico, elegante y amable era bien recibido doquiera que hubiese niñas casaderas, ó padres con dinero que colocar á interés con hipoteca real. Ningun cambio se habia efectuado en el trato de Leonor para con su ex-tutor; y á las observaciones que de cuando en cuando le hacia Mejías, se apresuraba á responder con la mayor franqueza:

—Puedes prohibirme que le reciba en mi casa y que mantenga correspondencia con él: pero no conseguirás entibiar mi fé en el amigo de mi difunto padre, ni hacerme variar de sentimientos hácia el tutor de mi niñez.

Poco á poco, sin embargo, fué haciéndose rara la presencia de Martinez en las casas que Leonor visitaba; y áun en las ocasiones en que se encontraban los dos, no pudo Leonor dejar de notar, que si bien el abogado le dirigia la palabra con la amabilidad de siempre, ponia al mismo tiempo tal empeño en evitar las pláticas á solas, que en el hecho puso un cese á las confianzas mútuas. Así trascurrieron dos años, hasta que un dia oyó decir Leonor que Martinez habia emprendido un viaje á Europa, dejando todos sus negocios a

cuidado de un colega con quien se habia asociado.

El estío del tercer año lo fueron á pasar los dos esposos á la casa de campo de una familia amiga, situada en Tacubaya. Ninguna esplicacion habia habido entre ellos posteriormente á la escena narrada en el capítulo anterior, y al fin de la cual el pobre Mejías se habia arrojado á los piés de su llorosa mujer, suplicándole encarecidamente que creyese en su fé y su honor, y jurándole que todas sus acciones se fundaban en motivos poderosos y desinteresados. Trató además de infundirle la creencia de que en su matrimonio no habian influido ideas mercenarias; que por su parte era un enlace de amor, y que si al parecer le negaba el uso de las riquezas á que ella tenia igual derecho, era porque no estaba en sus facultades proceder de otra suerte. Súplicas, ruegos, juramentos, todo fué desoido por Leonor. Preocupada contra su marido desde los primeros dias, creíale unos momentos, para recaer en mayor incredulidad á la primera sospecha que surgia. Lastimada en su afecto hácia otro hombre, afecto cuya fortaleza no se atrevia ella misma á sondear, llegó á convertirse en poco ménos que aversion su indiferencia hácia Enrique Mejías, cuyo buen sentido práctico, cuyos modales sencillos y poco ceremoniosos, y cuyo ardor perseverante y enérgico en el ejercicio de una profesion que ella re-

pugnaba instintivamente, se avenian mal con su carácter entusiasta, y la cegaban totalmente respecto de los méritos positivos de su marido. La sociedad, que á la postre penetra en el fondo de todos los secretos, se impuso de la excéntrica cláusula del testamento de don Juan Llamósas, y de las circunstancias que precedieron y siguieron al matrimonio de Enrique Mejías.

Divulgóse que aquel habia sido un matrimonio de conveniencia, no de afecto, y se opinó que el marido era un hombre afortunado y la mujer un sér digno de lástima; opinion que necesariamente hubo de confirmar la visible indiferencia de Leonor para con Mejías.

Una semana hacia que ambos esposos habitaban la casa de la familia Diaz en Tacubaya, cuando las atenciones de su profesion obligaron á Mejías á partir para San Luis Potosí, dejando á Leonor bajo la proteccion de sus hospitalarios amigos.

—Muy dichosa vas á ser aquí, querida Leonor, le dijo al despedirse; la casa está llena de gente divertida, y ya sabes cuánto te quieren los dueños de ella. Cierto estoy de que no me echarás de ménos, añadió tras un suspir o que le arrancó el aire de indiferencia de su mujer.

—¿Echarte de ménos? Oh! no haya miedo de que tal suceda. No estoy acostumbrada á usurpar tu tiempo ni tus atenciones, pues sé bien que

en tratándose de negocios yo peso poquísimo en la balanza.

—No trabajaria con tanto empeño si no me viese compelido á ello, replicó el jóven en tono de queja.

—Querido Enrique, le respondió ella con la mayor frialdad, no me gustan los misterios. Eres completamente dueño de proceder como mejor te plazca.

Así se despidieron, tendiéndole ella la mano como lo habria hecho á su casero ó su joyero. Al entrar Mejías en el coche que debia llevarle á México, dirigió la vista á la ventana de la casa donde quedaba su esposa, y exclamó:

—¿Hasta cuando tendré que sufrir la fatalidad que me persigue? ¿Cuándo terminará mi martirio, Dios mio?

Cosa de un mes despues hallábase toda la familia reunida en el comedor, donde acababa de tomar un suculento almuerzo, cuando trajeron al señor Diaz su correspondencia, tanto del interior de la República, como del extranjero. Pidió el buen señor permiso á los presentes para leer sus cartas, como es de ley entre gentes bien educadas, y despues de recorrer con la vista el contenido de algunas, le oyó Leonor decir:—Al fin! el vagabundo de Alfredo Martinez ha vuelto, y le tendremos aquí esta noche.

Palideció Leonor al oir la noticia, porque se

acordó de lá enemistad que existia entre su marido y su tutor; pero al instante pensó que ausente como se hallaba el primero, tendria oportunidad de hablar libremente con el segundo, y formó la resolucion de aprovecharla para exigirle la revelacion del secreto que indudablemente encubria una bajeza de Enrique Mejías, el hijo de un pobre médico de aldea.

—La llegada de Martinez será una magnífica adquisicion para nuestra tertulia. ¿No es verdad, señora?

—¿Una adquisicion? realmente no sé qué decir, contestó un jóven que acababa de llegar de Europa, donde habia permanecido todo el tiempo que duró el malhadado imperio. ¿Sabe usted, señor Diaz, cuál es mi opinion? Creo que Alfredo Martinez es hombre gastado. No hace mucho me lo encontré por allá por Suiza y en mi vida he visto una persona más aniquilada.

—¿Aniquilada? preguntó el señor Diaz, miéntras Leonor palidecia más y más.

—A fé mia que es la pura verdad. ¿Saben ustedes, señores, si él ha cometido algun asesinato ú otro crímen semejante? Porque aseguro á ustedes que su aspecto no permite pensar otra cosa.

—Querido Federico, no seas así, eso no puede ser verdad.

—El aspecto de una conciencia criminal, algo

como Lara ó Manfredo, ¿me entienden ustedes? Tan cierto es lo que estoy contando, que hasta llegué á preguntarle un dia si habia celebrado alguna entrevista con la Sibila de los Alpes.

Uno ó dos de los jóvenes presentes trataron de reir, pero no pudieron. En cuanto á Leonor, no quitó la vista de la cara del narrador, pendiente como estaba de sus palabras.

—Tal vez estaba enfermo, dijo el anciano, dueño de la casa, pues recuerdo que al salir de Francia me escribió que pasaba á Suiza para cambiar de aires.

—¿Enfermo? A decir verdad no se me habia ocurrido, y puede que usted tenga razon, pues es difícil establecer la línea divisoria entre una conciencia culpable y un padecimiento hepático. ¿Sabe usted si Martinez ha sufrido del hígado alguna vez?

—Esta noche podrá usted preguntarlo á él mismo; pero lo que me atrevo á decir es que si hay en el mundo conciencias tranquilas, la de Alfredo Martinez es una de ellas. Le conozco desde niño, y le tengo por hombre dotado de una alma noble.

—Y un famoso tirador, dijo un militar.

—Un taco de primera fuerza, añadió otro.

—Uno de los mejores abogados del foro mexicano, dijo un señor de pelo blanco y aspecto venerable.

—Buen mozo como pocos, murmuró una jóven.

—Y tan cabal en todo! añadió otra.

La tarde de aquel mismo dia encontró á Leonor sentada en un rincon de la alcoba que seguia á la sala principal, y á la cual separaba una puerta vidriera cubierta por espesas cortinas de otra pieza cuyas ventanas daban al jardin. Allí permanecia la jóven entregada por completo á sus pensamientos, miéntras las demas señoras y señoritas se vestian en sus respectivos cuartos y los caballeros jugaban al billar. No habia claridad bastante para leer ó bordar, por lo que poniendo Leonor á un lado el libro, recostó la cabeza en el espaldar del sillon, cerró los ojos y se puso á meditar sobre lo que habia oido en el comedor aquella misma mañana.

De repente oyó pasos, y al levantar la vista descubrió en el espejo del frente la cara de su ex-tutor Alfredo Martinez, pero tan aniquilado, tan alterada la expresion de sus facciones, que para conocerlo á primera vista se necesitaba nada ménos que la impresionada imaginacion de su pupila Leonor.

Al ver que habia una señora en la alcoba, detúvose para hablarle; pero medio oculta Leonor en la penumbra, no la conoció, y se limitó á decir:

—Pido á usted perdon por haberla incomodado. Busco al señor Diaz.

—Señor Martinez! ¿no me conoce usted? Soy Leonor.

Su temblorosa mano dejó caer el sombrero que se habia quitado al entrar en la sala, y buscó á tientas el espaldar de una silla para apoyarse.

—Leonor!.... señora de Mejías! dijo: usted aquí! Oí decir que habia usted ido á Durango.... de otra manera.... no me habria atrevido.....

Por primera vez vió Leonor á Alfredo Martinez sin la helada máscara que de ordinario cubria sus facciones.

—Señor Martinez, le dijo llena de ansiedad, mi presencia aquí incomoda á usted, lo veo. Pero ¡cuánto ha cambiado usted! Tenian razon los que hablaban de usted esta mañana; ha debido sufrir usted alguna grave enfermedad.

Alfredo Martinez tuvo tiempo de volver en sí miéntras la jóven hablaba; recogió, pues, el sombrero que habia rodado buen trecho, y dejándose caer en un sillon, contestó con la tranquilidad de costumbre:

—Sí, sufrí un severo ataque de fiebre, segun unos médicos, de consuncion segun otros. Tanto disputaron acerca del nombre que debian dar á mi enfermedad, que al fin me persuadieron de que padecia de los nervios, como una jóven á quien sus padres no le permiten casarse con un estudiante sin más bienes de fortuna que su título de bachiller. Un abogado nervioso! ¿puede usted

concebir nada más absurdo, señora de Mejías? Al fin, me decidí á cambiar de aires, y tomé un boleto para Ginebra.

—¿Y el viaje le aprovechó?......

—En cierto modo sí; pero no enteramente. Puede usted ver que no estoy muy fortalecido, cuando la emocion de encontrarme con usted inesperadamente fué suficiente para producirme un ataque de nervios. Pero ¿decia usted, señora, que se hablaba de mí esta mañana?

—Oh! sí, en el almuerzo, al anunciar el señor Diaz la visita de usted, uno de los caballeros presentes dijo que habia visto á usted en Suiza, y que parecia usted muy...... muy desgraciado.

—¡Desgraciado! ¡Ay, señora de Mejías! ¡qué fatalidad es para un hombre el ser pálido por naturaleza y tener el pelo negro! El mundo se complace en creerle un sér superior, pero que lleva oculto en el seno un sufrimiento eterno. Cansado de lidiar con padres avaros que no saben cómo impedir que sus hijos tiren á la calle la fortuna amontonada á fuerza de privaciones, ó con acreedores imprudentes que no quieren conceder un respiro á sus deudores, resuelvo marchar á Europa, á reponer mis agotadas fuerzas; pero tiene usted que álguien me ve por casualidad en Suiza y sin más dato que mi palidez y mis cabellos negros, me declara desgraciado. Si yo gozara de la bendicion de tener mejillas mofletudas y pelo co-

lorado, bien podria dejarme desgarrar tres veces el corazon, sin que mis amigos se apercibieran siquiera de ello.

—Querido señor Martinez, dijo Leonor haciendo esfuerzos porque no le temblase la voz; soy ya casi una vieja, estoy casada y presumo que puedo atreverme á hablar francamente con usted, ¿no es verdad?

—Con entera franqueza, sin duda, contestó el abogado, no sin esperimentar el temblor nervioso de las pestañas y la contraccion de los párpados, únicas señales de conmocion que se le escapaban en las situaciones violentas.

—Entónces, señor Martinez...... ó más bien, mi querido tutor, pues me complazco en dar á usted ese nombre, que me trae á la memoria nuestra conversacion el dia del entierro de mi padre. Oh! añadió apasionadamente Leonor sin terminar la comenzada frase, ¡qué bien recuerdo aquel terrible dia! Paréceme estar viendo á usted, de pié en el hueco de la ventana, en la salita de mi casa de Durango, con la vista fija en mí, pobre niña inocente, y cubriéndome con su mirada compasiva. Oigo aún la voz de usted que me dice, como me dijo aquel dia: "Leonor! su padre ha confiado á mis manos un solemne depósito. Soy jóven; puedo muy bien no ser hombre de principios tan elevados como él se lo imaginó; hay tal vez en mi carácter algo de irresolucion constitucio-

nal que no me permite ser tan apto como quisiera para tutor de usted; pero las palabras del moribundo se han grabado tan profundamente en mi alma, que juro á usted por lo que hay de más sagrado, por la memoria de mi madre, por mi honor de caballero, que en el desempeño de mi encargo no burlaré la confianza con que me honró mi excelente amigo."

—Leonor! Leonor! por amor de Dios! exclamó Martinez con voz quebrantada y cubriéndose la cara con las trémulas manos.

—Hago mal tal vez en traer á la memoria tan fatídicos recuerdos. Usted desempeñó honradamente hasta los más insignificantes deberes, pero hoy me abandona usted completamente, entregándome á un marido no escogido por mí, sino impuesto por una necesidad imperiosa y fatal, haciendo al mismo tiempo cuanto puede por cavar un abismo entre el tutor y la pupila. Y á pesar de todo, Alfredo, no es usted feliz.

—Que no soy feliz? respondió éste levantando la cabeza y soltando una carcajada. ¡Se habla tanto de felicidad é infelicidad, querida señora! Dos palabras que solo tienen aplicacion en las novelas, cuya heroina, es indefectiblemente desgraciada en los primeros capítulos, para ser completamente dichosa en el último. Mas en el mundo real no se debe hablar de dicha ni de desdicha, y las únicas palabras que significan algo, son:

triunfo ó derrota. El hombre que sale bien en sus empresas, ese es un afortunado; el que no da un paso sin tropezar con el mal éxito, ese es un infeliz que nos inspira lástima si no desprecio. ¿Ha visto usted por ventura algun hombre feliz, querida Leonor?

—Me sorprende usted con sus teorías, pero no responde á mi pregunta.

—Porque para hacerlo tendria que interrogarme préviamente á mí mismo; y créame usted, muy valiente ha de ser el hombre que se atreva á preguntarse si en las tormentas de la vida ha elegido ó no el camino recto. Me declaro cobarde, y ruego á usted que no me obligue á ostentar un valor de que carezco.

Al terminar la frase se puso en pié, y echando una mirada á su traje, dijo:

—Pronto será hora de comer, y yo no me he cambiado de traje de camino, todo por culpa de usted, señora de Mejías. Hasta la noche, pues.

Quedó Leonor pensativa. ¿Cuál puede ser el misterio que encierra la vida de este hombre? se dijo á sí misma. Si me atreviese!.... pero no.... nó me siento con suficiente valor.

Nadie habria reconocido al melancólico y sombrío Alfredo Martinez en el brillante y parlanchin jóven que media hora despues ocupaba en la mesa el lado derecho del señor Díaz, y cuya conver-

sacion fácil y llena de chistes arrancaba á cada paso alegres risotadas. La misma Leonor, cediendo al influjo irresistible del abogado, no cesaba de admirar el dominio que aquel hombre ejercia sobre sí mismo. "Tan brillante, tan cumplido, pensaba la jóven, tan admirado, tan próspero, y sin embargo, tan desgraciado!"

Por la noche recibió Leonor una carta que el correo le habia llevado á su casa de la ciudad, de donde se la remitieron á Tacubaya.

Al ver el sobre, dió un grito de sorpresa, y retirándose á la alcoba, la leyó á la luz de una bugía. Volvió en seguida á la sala, y acercándose á Martínez se sentó á su lado y le dijo:

—Acabo de recibir una carta de Durango.

—¿De Durango?

—Sí; me la escribe el padre Ruiz. ¿Lo recuerda usted?

—Sí; un excelente anciano que parecia amar á usted mucho cuando niña. ¿Mantiene usted correspondencia con él?

—Oh! no. Su carta tiene un objeto especial.

—¿Y podré saber cuál es?

—Participarme que mi *nana* Margarita está muy enferma, casi ciega, y por lo tanto no puede trabajar para vivir. ¡Pobre mujer! Despues de la muerte de mi padre, entró á servir en otra casa y la perdí enteramente de vista. Pero ahora es otra cosa; le señalaré inmediatamente una pension de

veinticinco pesos mensuales, á despecho de cuanto diga Mejías.

—Paréceme que veinticinco pesos es demasiado para una mujer acostumbrada á vivir pobremente en una ciudad como Durango. Pero tiene usted tales ideas respecto al empleo de las riquezas, que difícilmente podrémos vencer los hombres prácticos como Mejías y yo.

—Por Dios! no se compare usted con Mejías, dijo Leonor en tono despreciativo.

—Temo, á fé mia, no poderme comparar con él, respondió Martínez; pero decia usted que....

—Que en este particular no admitiré contradiccion, ni excusas, ni nada. Mañana escribiré á Mejías por el correo, y en caso de ser negativa su respuesta, tengo ya resuelta mi línea de conducta,

—¿Cuál?

—Le diré á usted cuando Mejías me haya contestado. Pero indudablemente soy injusta con él; es imposible que me niegue lo que le voy á pedir.

A la semana siguiente, precisamente en el momento en que anunciaban que la comida estaba servida, tocó ligeramente Leonor el hombro de Martínez, á tiempo que éste se dirigia al comedor, y le dijo:

—Necesito hablar con usted unos minutos. Acabo de recibir carta de Mejías.

—¿Y qué dice? preguntó el abogado siguiendo á la jóven á la segunda sala.

—Me niega lo que le pedí, como habia usted pronosticado.

—¿Es posible? ¿una negativa?

—Sí, una negativa que no se cuida de fundar en razones, limitándose á decir que sólo le es posible asignar á Margarita diez pesos mensuales, é incluyendo en la carta una órden para que le satisfagan en Durango los tres primeros meses. ¿Qué piensa usted de semejante conducta?

Una ráfaga de viento entreabrió y volvió á cerrar la puerta vidriera que daba al jardin.

—Querida Leonor, dijo Martinez, si álguien se hallase por casualidad en el jardin, cerca de esa puerta, podria imponerse de asuntos que solo conciernen á usted y su marido.

—Todos se están preparando para la comida, respondió la jóven con la mayor indiferencia. Ademas, quienquiera que me oyese no se sorprenderia al oirme declarar que desprecio á Mejías. El mundo no nos tiene por felices en nuestro matrimonio.

—Sea lo que usted quiera. Estoy seguro de haber oido pasos del lado de afuera: pero no importa. Me preguntaba usted mi opinion acerca de la negativa de su marido á fijar á la nodriza de usted una pension de veinticinco pesos mensuales, á riesgo de que me tome usted por un malvado

sin corazon, debo decirle que Mejías ha hecho muy bien.

—Cómo! privarme de un dinero que me pertenece! tasarme las limosnas que quiero dar! mezclarse hasta en mis obras de caridad! Le perdonaria que me negase un collar de diamantes, un tronco de mulas; pero en asuntos en que se interesan mis afectos, llevar su economía hasta el grado de frustrar mis más ardientes deseos, eso es cruel, muy cruel, señor Martinez.

—Como toda persona de imaginacion viva y alma ardiente, se deja usted llevar por sus primeros impulsos, estimada señora. Tenga usted presente que hablo siempre en hipótesis y supongamos que Enrique Mejías haya invertido todo el dinero disponible en empresas arriesgadas, pero de resultados brillantes.

—¿Sin consultarlo conmigo?

—Sin consultarlo con usted. ¿Qué saben las mujeres de operaciones industriales ó mercantiles?

—Declaro á usted, señor Martinez, que si Mejías ha procedido así, ha dejado de ser un avaro para convertirse en un pillo. El dinero que mi tio dejó me pertenece, aunque debiamos gozarlo juntos, y no hay sofisma ni chicana de abogado capaz de cambiar el estado de las cosas. Luego, si á ocultas ha hecho uso de él para negocios particulares, no veo cómo puede escapar á la nota de

infame. Ah! señor Martinez, dígame usted con la franqueza de un caballero, ¿qué opinion se formaria usted de Mejías, si la sospecha de usted resultase cierta?

—¿Ha oido usted hablar, señora, de la locura que los hombres llaman juego de azar? ¿Sabe usted lo que es un jugador? ¿Es usted capaz de comprender lo que experimenta el hombre que confía á una carta la fortuna de su esposa, la miserable pension de su madre viuda, la dote de su hija, el dinero destinado á la educacion de su hijo, el que pertenece á sus confiados acreedores, el que la buena fé de otros ha depositado en sus manos? ¿Creé usted que cuando aquel hombre tiene ante sus deslumbrados ojos el metal tentador que le promete para sí mismo y para los que ama todos los goces que el dinero proporciona, cree usted, repito, que por su mente pasa la idea de que va á perder lo que no le pertenece, y que al arriesgarlo comete un robo? No: una sola carta, una vuelta de la rueda, un tiro de los dados van á duplicar, á centuplicar quizás aquel dinero, á convertir en millonario al atrevido jugador; y cuando cada peso se haya multiplicado por cien, ¿no tendrá razon de presentarse orgulloso ante su esposa y sus hijos y decirles: aquí teneis el resultado de lo que llamábais mi locura? Ah, señora! en vez de despreciar al esposo de usted, si acaso se ha dejado dominar por el demonio del juego, com-

padézcale usted, como se debe compadecer al hombre á quien el vértigo atrae al borde de un abismo cubierto por fragantes flores.

Dominado Martinez á pesar suyo por una conmocion extraña en él, se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con ambas manos.

La voz tranquila de Leonor le hizo volver en sí.

—Prefiero, dijo la jóven, creer que el hombre á quien se me obligó á tomar por marido es un avaro, ántes que tenerle por un infame, y no sabe usted, señor Martinez, cuánto me duele ver que su deshonra encuentra en usted un abogado.

—Es usted implacable, señora, contestó Martinez. ¡Pobre del hombre que se atreva á ofender á usted!

—No hablemos más de Enrique Mejías. Dije á usted la semana pasada que si él se negaba á concederme lo que le pedí, no como favor, sino como un derecho, tenia formada mi resolucion.

—En efecto, así lo dijo usted; veamos ahora cuál es esa resolucion?

—Separarme de él.

—Separarse de él! exclamó Martinez con la ansiedad pintada en el semblante.

—Sí: dejarle dueño absoluto de las riquezas que tanto economiza, ó que tan infamemente ha derrochado, si es cierta la sospecha de usted. Por lo demas, todo me hace creer que nuestra separacion no le causará el más mínimo pesar; porque

nada soy para un hombre cuyas ocupaciones no le dejan un solo momento que consagrar á su esposa. Mi tia me recibirá en su casa. Esta misma noche me voy á la ciudad; y mañana tomo la diligencia para Durango.

—Pero Leonor, el mundo......

—Deje usted que el mundo crea lo que le plazca. ¿Qué podrá criticarme? Viviré con mi tia, como ántes de habérseme legado esa maldita herencia, y usted, señor Martinez, usted mi respetable tutor, me acompañará hasta Durango, ¿no es verdad?

—¡Yo, Leonor!

—Sí, usted á quien mi moribundo padre nombró para que me protegiese en mi orfandad. ¿No me hará usted este servicio, que le pido en nombre de tan sagrada memoria?

—¿Pero está usted cierta, Leonor, de que le hago efectivamente un servicio en llevarla léjos de su marido?

—Pues bien! si usted se niega á ello partiré sola.

—¿Sola?

—Sí, sola, y esta misma noche.

—Sola, Leonor! No, no; mi pobre niña, mi desamparada huérfana, á quien en otros tiempos más felices llevé en mis brazos como á hija propia! Sí, protegeré á usted hasta verla en el seno de su tia, y volveré en seguida á dar cuenta de

mi conducta á Enrique Mejías. Así, á lo ménos, me haré digno de la confianza que en mi depositó el padre de usted. Prepárese usted para el viaje. ¿Llevará usted á su criada?

—Sí, ya sabe usted cuán fiel es la india que me sirve. Entónces, querido tutor, hasta la noche.

—No faltaré. Discúlpeme usted con el señor Diaz, pero dándole las ménos explicaciones posibles. Hasta la vista.

Al mismo tiempo que Martinez y Leonor pasaban de la salita á la sala principal, un hombre en traje de viaje, con un saco de noche en una mano, se separaba de la puerta vidriera, y dirigiéndose al otro extremo del jardin, encendia un puro y comenzaba á pasearse en las callejuelas más ocultas, sumergido, al parecer, en profunda meditacion.

CAPITULO V.

De México á Durango.

Dió Leonor á su sirvienta la órden de preparar los baúles miéntras durase la comida, de suerte que nadie se apercibiese de los preparativos de viaje, que queria tener en secreto hasta el último momento. La indiecita, acostumbrada á obedecer á su señora con la lentitud propia de su raza, pero tambien con exactitud poco comun en la gente de servicio, púsose incontinenti á trasladar del guardaropa á los baúles los vestidos, no en gran número por cierto, que la jóven habia llevado á Tacubaya para pasar los dos ó tres meses de temporada.

¡Cuán lentamente pasó para Leonor la primanoche de aquel dia, que habia de ser decisivo en la historia de su vida! Jamas le parecieron tan estúpidas las visitas que de las casas vecinas

acostumbraban pasar todas las tardes á la de la familia Diaz, cuartel general de mexicanos y tacubayeros. Y como si todos se hubiesen propuesto contrariarla en su deseo de aislarse para reflexionar acerca de su proyectada fuga y los medios de llevarla á cabo con feliz éxito, empeñóse un jóven en contarle una larga y fastidiosa historia, en la cual era él, por supuesto, el principal personaje. La hija mayor del señor Diaz la rescató de manos del narrador, pero fué para exigirle que le enseñase á tejer una alfombrita de estambre para la lámpara de la sala, obligándola á fijar en la eleccion de los colores su imaginacion que vagaba en el camino que de la capital conduce á Durango, representándose todos los inconvenientes con que podria tropezar hasta asilarse en brazos de su tia.

Por el contrario, jamas habia parecido Alfredo Martinez tan jovial, tan divertido, tan complaciente como aquella noche. Habló de teatros, de política, de viajes, de modas, acomodándose con singular maestría al gusto de cada cual, y conquistando, por consiguiente, la voluntad de todos.

—Y á propósito, Martinez, le dijo el dueño de la casa, ¿dónde se encerró usted los tres dias que nos tuvo privados de su agradable compañía? Ayer esperábamos á usted con ansiedad para que decidiese un punto dudoso en una partida de bi-

llar; pero tuvimos que ocurrir á otro juez porque usted no se dignó venir hasta esta tarde.

—Tuve necesidad de ir á Veracruz, y por más esfuerzos que hice por despachar pronto el negocio que allá me llevó, no pude alcanzar el tren ordinario, y me fué forzoso venir en el mixto de las once.

—¿Ha estado usted en Veracruz? ¿No teme usted al vómito que tantos estragos está haciendo actualmente?

—Los negocios ántes que todo, señor Diaz. Ademas, sabe usted bien que el diablo cuida á los suyos, segun dice el refran; y muy atrevido tendrá que ser el vómito para atacar á un abogado provisto de un mandamiento de ejecucion ó de un recurso de amparo. Agradezco á ustedes, señores, el interés que por mi salud manifiesta el semblante de todos; pero,—añadió dejando el tono de chanza para asumir repentinamente el de gravedad y tristeza que á pesar nuestro se adueña de nosotros cuando el áspid del pesar nos roe en silencio el alma;—en todo caso, ¿que más da morir de consuncion ó del vómito veracruzano? Miéntras más pronto, mejor.

Pasajera fué, sin embargo, la nube de tristeza que cubrió el semblante de Martinez, quien á los cinco minutos cantaba, acompañándose él mismo en el piano, una cancion báquica alemana.

Llegó, al fin, la hora de disolverse la tertulia,

hora indicada por la aparicion de una sirvienta que puso sobre una mesita varios candeleros provistos de su correspondiente vela de esperma. A tiempo que Leonor tomaba la suya y la encendia, se le acercó Alfredo Martinez y le dijo en vóz baja:

—He hablado con el señor Diaz y todo está listo para el viaje. Dentro de una hora estará á la puerta un coche, que nos llevará á México, donde tomarémos la diligencia para Durango. Pero ántes de dar el primer paso, dígame usted, Leonor, ¿ha reflexionado usted bien acerca de su determinacion, y es ésta irrevocable?

—Completamente irrevocable, señor Martinez. Me hallará usted pronta dentro de una hora.

La habitacion de Leonor estaba situada en el ala derecha de la casa, y se comunicaba por medio de una puerta lateral con la pieza destinada á gabinete de lectura y escritorio para los huéspedes que deseasen hojear los periódicos del dia ántes de retirarse á dormir. Luego que Leonor hubo dado la última mano á sus preparativos, dirigióse á la pieza contigua en busca de los avíos necesarios para rotular los baúles; pero ya puede el lector imaginarse cuál seria su sorpresa al hallarse manos á boca con Enrique Mejías, en traje de viaje, sentado á una mesa y escribiendo rápidamente una carta.

Alzó el abogado la vista, miró de hito en hito á su esposa, y continuó escribiendo.

—Mejías! usted aquí! exclamó Leonor.

—Sí, contestó el interpelado sin suspender su ocupacion; llegué á las seis de la tarde; el negocio que me llevó á San Luis se terminó más pronto de lo que yo esperaba.

—¿A las seis de la tarde?

—Sí, Leonor, estoy en la casa desde las seis de la tarde, es decir, desde ántes de sentarse ustedes á la mesa.

—Y sin embargo, no se ha dejado usted ver de nadie.

—Me presenté al señor Diaz, y eso bastaba. Por lo demas, tenia necesidad de arreglar asuntos de la mayor importancia.

—¿Asuntos importantes?

—Sí; debia hacer los preparativos para el viaje á Durango que has resuelto emprender.

—Señor Mejías! exclamó la jóven ruborizándose y palideciendo en un segundo.

—Sí, continuó Mejías, cerrando y sellando la carta que acababa de escribir. Es una contrariedad, ¿no es cierto? Llegué inesperadamente á Tacubaya, y á fin de ahorrar algun camino, entré en la casa por la puertecita del jardin; pero á tiempo que ponia la mano en la puerta vidriera que conduce á la segunda sala, oí involuntariamente algunas palabras que me sugirieron la idea de no seguir adelante y de escuchar el resto de la conversacion.

—Mejor dicho, de convertirse en espía!

—Lo cual coincide muy bien con lo demas, ¿no es verdad? Avaro, miserable, regateador del dinero, ó quizás peor, bribon especulador con los caudales de otro! Oh, Leonor, cuando llegue el dia,—Dios me libre de pensar en festinar una sola hora su llegada,—el dia en que me halle en libertad de pronunciar media docena de palabras, ¡cuán amargamente te arrepentirás de los conceptos que has emitido hoy! Mas, no intento hacerte el más mínimo reproche. La fatalidad, no nuestra culpa, nos tiene envueltos en una red que no podemos romper sino por medio de la separacion. Tú has dado el primer paso, quieres abandonarme y volver á Durango. Sea, vete á donde quieres!

—Mejías! exclamó la jóven retorciéndose las manos y en tono casi suplicante, como si á pesar de todas sus prevenciones contra su marido, descubriese en el semblante de éste algo que hablaba alto en su favor.

—Ve, Leonor. Yo tambien estoy cansado de tan prolongada lucha, de un combate en que las apariencias me condenan! Cansado de apelar perpétuamente á tu generosidad, á tu fé; cansado de esforzarme en obtener el amor de una mujer que me desprecia.

—Pero si yo estuviese equivocada, si hubiese interpretado mal!

—Si hubieses interpretado mal! exclamó apasionadamente el infeliz esposo. No, Leonor, no continuemos la discusion. Es tarde ya para entrar en explicaciones, que ademas no podrian ser más satisfactorias que las dadas anteriormente; es demasiado tarde para una reconciliacion. La sima que nos separa viene ahondándose hace tres años, y hoy te veo al otro lado de un abismo tan insondable, que no puedo explicarme cómo he podido pensar un solo momento en la posibilidad de conquistar tu corazon.

Tan tierno fué el acento con que Mejías pronunció las últimas palabras, que Leonor no pudo resistir á un sentimiento de compasion, y tendiendo los manos á su marido, le dijo:

—Mejías! Enrique!....

—Deseas ir á Durango, é irás, Leonor; pero acompañada por Enrique Mejías.

—Me conducirá usted allá?

—Sí, y te pondré bajo la proteccion de tu tia. Desde este instante eres libre, y puedes contar con mil pesos anuales para vivir. Sé que es poco comparado con la renta que produce la herencia de tu tio, ¿no es verdad? (añadió Mejías sonriendo), pero te juro que es cuanto puedo destinar para tí, pues el resto lo necesito yo. Pero son las doce de la noche, y debemos partir; envuélvete bien en un chal miéntras yo bajo á decir á los criados que pongan los baúles en el coche.

—¡Enrique! ¡Enrique! exclamó la jóven tendiendo otra vez la mano, algo me dice esta noche que yo no he tenido razon para acusarte. No iré á Durango, me quedaré contigo y tendré confianza en tí.

Estrechó tiernamente Mejías la preciosa manecita que se le tendia con tanto cariño por primera vez quizás en tres años; fijó sus expresivos ojos en los de su mujer, y al cabo de algunos segundos le dijo en tono grave:

—Tú no puedes confiar en mí, Leonor. No, no; vale más que las cosas queden como están. Por espacio de tres años he tenido fuerzas para soportar la lucha; pero no creo que podria sostenerla un dia más.

Tocó la campanilla, y al presentarse la criada le dió una carta diciéndole:

—Entrega inmediatamente esta carta al señor Alfredo Martinez, y haz que lleven abajo los baúles. Vamos, Leonor, estás lista?

Envolviéndose ésta en un chal que su camarera le habia traido, siguió á su esposo; pero al llegar al zaguan se detuvo, diciendo:

—Debo decir adios á Alfredo Martinez, y explicarle el cambio acontecido.

—Mi carta lo ha hecho ya, Leonor. Miéntras este techo me cobije, no hablarás una sola palabra á Martinez.

—Como usted lo ordene, respondió la jóven

completamente subyugada, pues en pocos minutos habia aprendido á obedecer, si no á respetar á su marido.

Ningun incidente ocurrió en el viaje hasta Durango, pues Mejías evitó cuidadosamente hallarse á solas con Leonor, de quien no se apartaba su fiel camarera. A menudo, durante el largo y fastidioso camino, fijaba involuntariamente Leonor los ojos en Mejías, como para leer en su semblante algo de lo que pasaba en su alma; pero en vano, pues la espaciosa frente y los tranquilos ojos ningun indicio dejaban escapar. Sin embargo, la jóven no podia olvidar la conmocion que dominaba á su marido en la última conversacion que tuvieron ántes de salir de Tacubaya, y se decia:

—Esa noche me convencí de que Mejías es susceptible de conmoverse. ¿Será posible que yo haya sido injusta con él? Habrá alguna clave que explique satisfactoriamente el misterio? Si en efecto me ama y yo he interpretado mal su carácter, ¡cuánto debe sufrir! cuánta razon tiene para despreciarme!

Al fin llegaron á Durango y Leonor se encontró, tras cuatro años de ausencia, en la misma salita de la casa de su tia, donde pasó los dichosos dias de su niñez, y donde fué recibida con los brazos abiertos por la anciana, á quien Enrique explicó lo mejor que pudo la inesperada vuelta.

—Todo quedará explicado á su debido tiempo,

dijo Mejías á su esposa, aprovechando un momento en que quedaron solos. Por ahora hagamos creer en una separacion de pocos dias, á fin de no alarmar á la buena señora.

—Ocuparás tu antiguo cuarto y dormirás en tu antigua cama, dijo ésta á la jóven; todo se halla en el mismo estado en que lo dejaste. Mira!

Y abriendo la puerta de un cuartito contiguo á la sala, condujo á su acongojada sobrina.

– Pero cualquiera creeria que estás enferma, continuó al ver que Leonor rechazaba la cena que le ofrecia su sirvienta.

—El viaje me ha cansado algo, y con permiso de usted voy á acostarme, querida tia. Son cerca de las once de la noche......

—Sí, y el reposo te restablecerá más que la cena. Buenas noches, hija.

Agotadas las fuerzas de Leonor por tantos dias de viaje y por tan opuestas emociones, durmióse profundamente y al despuntar la mañana siguiente, vió á su tia sentada á la cabecera de la cama.

—Pareces mucho mejor hoy, querida niña, gracias á la buena noche que has pasado, se apresuró á decirle la anciana. Tu marido no quiso que te despertaran para decirte adios; pero dejó para tí esta carta.

—Cómo! ¿ha partido Mejías?

—Sí. Dijo que negocios importantes le obligaban á marcharse hoy mismo; pero ha tomado to-

das las medidas necesarias para tu bienestar miéntras permanezcas conmigo. ¡Qué marido tan bueno tienes, querida Leonor!

—Oh! muy bueno! respondió la jóven dando un suspiro.

Al quedarse sola, abrió con trémula mano la carta de su marido, cuya proteccion empezó á echar de ménos desde el instante en que se llegó á convencer de que todo habia termiando entre los dos. Sin querer confesárselo á sí misma, abrigaba la esperanza de que aquella carta contuviese alguna explicacion, alguna promesa de reconciliacion; mas no, la carta estaba concebida en estos términos:

"Querida Leonor:—Cuando recibas estas pocas líneas de despedida, estaré yo en camino para México. Al acceder á tu deseo, trayéndote al hogar de tu niñez, creo y espero haber procedido como mejor conviene á ambos. Quizás nunca llegarás á saber cuán mal me has juzgado, cuán erróneamente has interpretado la conducta que me ví obligado á adoptar, y me seria imposible decirte cuánto me han hecho sufrir tus terribles dudas. Pero olvidemos lo pasado, puesto que de hoy más debemos marchar por caminos opuestos. Te suplico encarecidamente, sin embargo, que cuandoquiera que necesites de un consejero ó de un amigo desinteresado, no ocurras á otro que á

ENRIQUE MEJIAS."

Las manos de Leonor dejaron caer al suelo la carta.

—Ahora sí puedo considerarme sola, completamente sola en el mundo! exclamó la jóven. ¿Qué he hecho, Dios mio, para verme condenada á que jamas me amen fiel y sinceramente? Soy víctima de un matrimonio formado por el interés; y el hombre, el único hombre á quien habria amado...... no; el recuerdo de su indiferencia me hace sufrir demasiado!

CAPITULO VI.

La confesion.

Tediosa en extremo era la vida en Durango para Leonor, acostumbrada á las tertulias y diversiones de México donde reinaba por su belleza y su talento. Su tia recibia pocas visitas. De vez en cuando una anciana que no sabia sino quejarse de la corrupcion del siglo y lamentar los buenos tiempos de la colonia; dos ó tres señoritas que no habiendo salido jamás de Durango creian que allí acababa el mundo, y otros tantos jóvenes recien salidos del colegio, y á quienes sus padres obligaban á visitar á la buena señora tia de Leonor con el fin, decian ellos, de que fuesen perdiendo su natural timidez y adquiriendo los modales de la buena sociedad.

Sucedió que al dia siguiente de la llegada de Leonor se reunieron casual ó intencionalmente

todos los antedichos personajes, con gran contento de la tia, que deseaba distraer á su sobrina de lo que ella creia pesar por la ausencia de Mejías. Pero léjos de conseguir el objeto propuesto, la sociedad no hizo sino añadir el fastidio á la tristeza de Leonor, quien no podia ménos de comparar la conversacion insulsa de los jóvenes con la charla animada é interesante de Martinez. Y casi á pesar suyo pensaba en el elegante abogado, y se decia:

—¡No volveré á ver jamas á mi querido y apreciable tutor, bajo cuya salvaguardia me dejó mi padre!

Algunos dias despues, cediendo á las repetidas instancias de su tia, la acompañó en coche á la casa de la octogenaria amiga, á quien un ataque de reumatismo retenia ¡en la cama. A la vuelta de la visita, el coche en que iban Leonor y su tia se cruzó con otro que tirado por un hermoso tronco de mulas pasó á su lado como un relámpago, pero no sin dar tiempo á la jóven para ver en el fondo sentado un caballero á quien reconoció por su ex-tutor.

—Tia! exclamó Leonor, no ha visto usted al señor Martinez dentro de aquel coche? Pronto, diga usted al cochero que lo alcance y lo detenga

Pero el coche en cuestion habia desaparecido cruzando la esquina.

—No importa, querida Leonor, respondió la señora; si no te has equivocado, si la persona que acabas de ver es realmente el señor Martinez, de seguro nos hará una visita esta noche.

—Haberme equivocado! no, tia, eso es imposible. Pero dice usted bien; vendrá á vernos pronto.

—Sin duda que sí; ya sabe él que casi nunca salgo.

—¿Qué le traerá á Durango? pensó Leonor. Sé que ántes tratará de evitarme que de buscarme, pues desde que su amistad con mi marido se entibió, ha dado muestras de querer alejarse de mí. No debo, por tanto, figurarme que yo tengo parte en su presencia aquí; pero de todos modos vendrá esta noche á verme.

Pasó, sin embargo, la noche, y pasaron el dia siguiente y dos dias más sin que Martinez se presentase.

—Quizás el asunto que le trae á esta ciudad no le ha dejado un momento libre, pensaba Leonor para consolarse; tal vez se desocupará hoy. Esperemos.

Y esperó un dia y una semana más, hasta que consideró inútil toda espectativa, y se convenció de que Martinez la habia olvidado completamente.

—Sí, ha partido sin venir ni una sola vez á verme! Nada podria probar mejor su indiferencia, y

que sólo por consideracion á mi padre mostraba algun afecto á la desgraciada huérfana.

Una semana despues, hallábase Leonor en su cuarto, escribiendo algunas cartas para sus amigas de México, cuando vino á interrumpirla una criada con un recado de su tia, que la llamaba á la sala.

Alguien la solicitaba. ¿Seria al fin su tutor?

—¿Es un caballero, ó una señora? preguntó á la criada.

—Una señora: una hermana de la caridad.

Apresuró el paso al oir esto, y encontró, en efecto, en la sala, á la hermana que conversaba con su tia.

—Querida Leonor, le dijo ésta, la señora desea que la acompañes al meson, donde se halla una persona enferma que te conoce, pero cuyo nombre se le ha prohibido mencionar.

—¿Una persona que desea verme? ¡Conozco tan pocas en Durango!

—Si usted tiene confianza en mí, señora, respondió la hermana de la caridad, y se resuelve á acompañarme, creo que hará un gran servicio al enfermo, cuya imaginacion está bastante turbada, y, Dios mediante, usted sola puede tranquilizar, á lo que parece.

—Iré, dijo Leonor.

—Pero niña...... exclamó llena de ansiedad su tia.

—Si puedo servir de algo, tia, seria crueldad negarme á ir.

—No conoces á la persona que te llama y....

—Confio en esta señora, é iré. Espere usted un momento miéntras me pongo el chal y el sombrero, añadió dirigiéndose á toda prisa á su habitacion.

—Cuando estas muchachas se casan, ya no se dejan dirigir por nadie, observó la tia. Le suplico á usted que no la detenga mucho tiempo, pues no me volverá el alma al cuerpo hasta no verla otra vez aquí.

—Nada tiene usted que temer miéntras ella se halle conmigo, respondió la hermana.

—Vamos, señora, dijo Leonor entrando: estoy á las órdenes de usted.

Algunos momentos despues subian las dos mujeres á un coche de alquiler que las condujo por una calle poco concurrida.

—¿Vamos muy léjos?

—Al meson de las diligencias, señora.

—¿Cómo al meson? ¿Luego el enfermo no reside en Durango?

—No señora.

¿Quién podia ser? Alguien de México, sin duda. ¿Su marido ó Alfredo Martinez? Eran los únicos nombres que le venian á la memoria. Pero en tal caso, ¿por qué tanto misterio?

Llegaron al meson, y la hermana de la caridad

condujo á Leonor por un pasadizo hácia una salita, donde se hallaban dos señores, evidentemente médicos, uno de los cuales, al ver á las dos mujeres, se separó del otro y se adelantó á recibir á la hermana.

—¿Cómo sigue el enfermo, señor Muñoz? le preguntó ésta.

—Más tranquilo, Luisa, respondió el doctor, pero casi exánime. ¿Es esta la señora? añadió al ver á Leonor.

—Sí, señor Muñoz.

—¿Me permite usted, señora, unos momentos de conversacion?

—De buena gana, señor. Pero ántes, dígame usted por amor de Dios ¿cómo se llama el enfermo?

—Me es imposible decirlo, porque lo ignoro.

—Pero los dueños del meson......

—Tampoco lo saben. Su maleta no tiene nombre. Sin duda vino de paso á esta ciudad, y le ha detenido una enfermedad séria.

—Entónces permítame usted que le vea. No puedo sufrir más tanta incertidumbre. Tengo motivos para creer que es un amigo mio, y querria saber la verdad, por desagradable que sea.

—Le verá usted, señora, dentro de diez minutos. Señor Navarro, ¿quiere usted preparar al paciente para la entrevista con esta señora.

Saludó gravemente el otro facultativo, y abrien-

do una puerta que conducia á una pieza interior, en la cual penetro, cerró con cuidado la puerta.

—Fuí llamado hace tres dias para que viese á la persona que yace enferma en esa pieza, dijo el doctor á la impaciente jóven. Mi colega le asistia desde el principio de la enfermedad, que era, segun me dijo, una fiebre tifoidea de carácter sério. Habiéndose complicado el caso por la presentacion de una afeccion al cerebro, creyó necesario el doctor Navarro la consulta con otro médico, y tuve el honor de ser elegido para ello. Al examinar al paciente opiné, como mi compañero, que el caso era de los más sérios, pues ademas de la debilidad física teniamos que combatir una afeccion mental tan pronunciada, que abrigamos fundados temores de que áun logrando salvar la vida al paciente, no podrémos impedir que pierda la razon.

—Oh! qué situacion tan terrible! dijo Leonor.

—En los tres dias con sus noches que llevo asistiéndole, solo hoy hemos logrado algunos intervalos de lucidez; pero en medio del delirio no ha cesado el enfermo de divagar acerca de un mismo asunto, que parece preocuparle en extremo, y sus labios han pronunciado constantemente un nombre......

—¿Cuál?

—El de Leonor Mejías.

—El mio!

—Sí, señora, el nombre de usted, acompañado de fervientes súplicas de perdon, de olvido de cierto daño causado y mantenido oculto.

—Un daño causado! Oh, señor! si el enfermo es la persona que sospecho, jamas ha dejado de ser mi mejor, mi más fiel amigo. Pero, por compasion, no dilate usted el momento de salir de tan terrible duda.

—Tenga usted un poco de paciencia, señora. Mi compañero no debe tardar.

En efecto, á poco abrió el doctor Navarro la puerta de comunicacion entre las dos habitaciones, y dijo:

—He preparado al enfermo para la entrevista con la señora; pero es preciso evitarle toda conmocion fuerte, pues su estado es grave.

—¿Hay mucho peligro? preguntó Leonor.

—Desgraciadamente sí; el peligro es inminente.

Miéntras duró la breve conferencia con los dos facultativos, se habia dicho Leonor á sí misma: "Sufriré con valor cuanto se exija de mí: nada me arredrará, tratándose de su bien!" Y con su hermoso semblante pálido como la cera, los labios comprimidos, los ojos enjutos y serenos, pero el corazon oprimido y latiendo violentamente, penetró en el cuarto cuya puerta entreabrió la hermana de la caridad.

Sus presentimientos se convirtieron en triste realidad. Alfredo Martinez yacía en el lecho del

dolor, con la cabeza apoyada en un monton de almohadas y los brazos extendidos sobre la colcha que lo cubria. Un lienzo empapado en agua le comprimia la frente: sus ojos habian perdido la expresion que les era habitual, y animados por la fiebre permanecian clavados en la puerta por donde acababa de entrar Leonor.....

—Al fin! dijo arrojando un histérico grito: al fin!

Comprimióse con ambas manos la jóven el pecho y cayendo de rodillas á la cabecera de la cama, exclamó:

—Alfredo! Alfredo! ¿qué es esto? ¿Por qué le hallo á usted en semejante estado?

Fijó en ella Martinez sus ojos vidriados y desmesuradamente abiertos, y replicó:

—¿Quiere usted saberlo todo?

—Sí, sí.... siempre que no sufra usted demasiado.

—¡Que no sufra demasiado! Míreme usted bien! y le extendió la descarnada y trasparente mano. Cuatro años hace, Leonor, que me consume una fiebre oculta, ¡y me dice usted ahora que no sufra demasiado!

Arrojó con dificultad un suspiro, y volvió hácia la pared la cabeza envuelta en el lienzo húmedo.

Al verle en semejante situacion, no pudo Leonor contener más tiempo las lágrimas que se asomaban rebeldes á sus ojos, y dando rienda suelta

á sus sollozos, atrajo con ellos la atencion del doctor, que se habia quedado en la estancia vecina.

—Si el enfermo tiene algo que comunicar á usted, dijo en voz baja el facultativo, óigale usted en silencio, pero no le haga preguntas, y sobre todo evítele las emociones.

Hizo Leonor con la cabeza una señal de asentimiento, y el doctor se retiró cerrando otra vez la puerta.

De súbito volvió Martinez la cara hácia Leonor, y fijando en ella los ojos, dijo:

—Me pregunta usted, Leonor, qué significa esto, y voy á decírselo. Poco despues de mi vuelta de Europa, tuve que arreglar un negocio en Veracruz, á tiempo que el vómito hacia allí terribles estragos. Débil como me hallaba, contraje el gérmen de la enfermedad, que pudo tal vez combatirse; pero estaba entónces, como estoy hoy, cansado de la vida, y era demasiado cobarde para suicidarme. Dejémos, me dije, que la fiebre me mate, ya que no quiero matarme yo mismo; y por la primera vez veo realizarse mi propósito. Leonor! voy á morir!

—Alfredo! Alfredo! exclamó la jóven, cayendo otra vez de rodillas y cogiendo entre sus manos la mano de Martinez.

Retiróla éste apresuradamente, y continuó:

—Por amor de Dios, Leonor, suplico á usted que suprima toda demostracion de ternura, si no

quiere matarme. En los últimos cuatro años, ni una sola vez me ha visto usted sin máscara, y quiero quitármela hoy. Me maldecirá usted, me odiará; pero su odio, sus maldiciones me harán sufrir ménos que mi propia conciencia.

—Odiar á usted, Alfredo! jamas!

—Aguarde usted un poco, dijo el moribundo, haciendo con la mano señales de impaciencia. Todavía no sabe usted nada. ¿Recuerda usted el dia en que me acusó usted de indiferencia, en la sala de su casa, á poco de haberse usted casado?

—¿No ha olvidado usted todavía esa circunstancia?

—De mi memoria no se ha borrado jamas nada de cuanto me ha dicho usted: no sólo recuerdo las palabras, sino el acento, los lugares, los más mínimos detalles. Pero dejemos esto, y dígame usted con entera franqueza; he sido yo el tutor fiel y cariñoso que se prometia usted encontrar?

—Lo fué usted algun tiempo, Alfredo.

—¿Cuándo?

—Antes que mi tio me legara su maldita fortuna.

—¡Su maldita fortuna! Sí, tiene usted razon, maldita! pues que nos separó para siempre. Dos razones habia para que yo representase el papel de indiferente. ¿No adivina usted una de ellas?

—No!

—Pues bien: afectaba una indiferencia que no

sentia, una apatía que era falsa desde el principio hasta el fin, porque amaba á usted, Leonor, con toda la fuerza de mi alma, con todo el ardor de mi pecho!

—Oh! Alfredo, Alfredo! por piedad! exclamó Leonor extendiendo las manos como si quisiera impedirle pronunciar palabras que le destrozaban el corazon.

—Cuando tenia usted diez y siete años, Leonor, ni usted, ni su padre, ni yo creiamos que el tio de usted la constituyese su heredera, en perjuicio de su hijo adoptivo Enrique Mejías. El padre de usted me confió el manejo de sus escasos bienes, encargo que desempeñé fielmente. Entónces me hallaba yo en vísperas de hacerme rico, gracias á mi numerosa clientela y á ciertas operaciones arriesgadas en que tomé parte, y que duplicaban en pocos dias mis ganancias. Era yo honrado, amaba á usted, y usted me amaba; pues sin necesidad de ser adivino ni presuntuoso, me bastaba leer en los límpidos ojos de usted para convencerme de que algo más que amistad sentia usted por mí. Ah! ¿por qué no hablé entónces?

Los sollozos ahogaban á Leonor, que arrodillada á la cabecera del lecho, escondia la cara entre las dos manos.

—Tengo bastante tiempo á mi disposicion, me decia. Oh! qué feliz era yo entónces! ¿Recuerda usted nuestras lecturas por la noche? ¡Dios mio!

todavía me parece ver el rostro de usted animado por las emociones que despertaban en su seno las novelas de Lamartine, las poesías de Victor Hugo! ¡Con cuanto arrobamiento pensaba yo en el dia no muy lejano en que podria llamar á usted mi esposa!

Murió entretanto el tio de usted, y con su muerte vino abajo el edificio levantado por mí piedra á piedra. Fué usted nombrada heredera á condicion de casarse con Mejías. Las mujeres son ambiciosas: la tentacion era demasiado fuerte, y tuve por cierto que usted se casaria con Enrique. Pero ¿cómo resignarme á perder á usted? Sus ojos me habian revelado un secreto, y habria sido cobardía de mi parte el renunciar sin combate á la felicidad que ese secreto me brindaba. Segun una cláusula del testamento, debia usted de ignorar la condicion impuesta á la herencia hasta el dia en que fuese mayor de edad; para lo cual faltaba un año.

He dicho á usted que me gustaban las empresas arriesgadas, lo que el mundo llama especulaciones, y que en ellas habia ganado casi siempre. ¿Por qué no especular con la fortuna de usted, ya que la confianza de su tio me la ponia en las manos sin restricciones de ninguna especie? En un año, estaba seguro de ello, la doblaba, la triplicaba; y cuando llegase el dia de descubrir á usted la cláusula del testamento, nada más sencillo que

decir á usted: "Aquí tiene usted dos fortunas, una de usted y de Mejías, la otra es de usted sola. Es usted rica y libre: escoja ahora entre el marido impuesto por la voluntad de su tio y el hombre á quien usted ama."

—Alfredo! todo lo comprendo: no prosiga usted!

—¿Que no prosiga? Sí, Leonor; no debo ahorrarme ninguna pena, puesto que merezco mi suerte. Usted misma lo dijo en casa del señor Diaz, en Tacubaya: el hombre que dispone para especulaciones del caudal que no le pertenece, es un pillo. Vino al fin la crísis que devoró en un dia mi fortuna y la de usted; y yo, el abogado á quien honró la confianza del padre y del tio de usted; yo, modelo de honradez á los ojos de mis compañeros y de mis clientes, vine á ser ni más ni ménos que un estafador.

—Un estafador! no, Alfredo; un desgraciado querrá usted decir.

—Un desgraciado! sí: esa es la palabra inventada por los hombres de mi clase para paliar la deshonra. No, Leonor, jamas he tratado de engañarme á mí mismo. Desde el momento en que ocurrió el fracaso, ruina y desolacion de mi vida entera, he tenido á lo ménos el valor de hacer frente á mi destino y llamar las cosas por sus verdaderos nombres. Pero no he sido yo la única víctima de mi crímen: sus más terribles conse-

cuencias se descargaron sobre el inocente Enrique Mejías.

—Mi marido!

—Sí, Leonor, el marido de usted, el más noble, honrado y pundonoroso de todos los hombres.

—Le elogia usted demasiado, dijo Leonor con ironía.

—Sí, soy bastante malvado para sufrir al verme compelido á confesarlo; mas es mi deber hacerlo, pues solo el cielo sabe cuánto mal le he causado.

Cesó de hablar Martinez, porque el esfuerzo que habia hecho y la conmocion que le produjo su relato agotaron sus fuerzas hasta el grado de perder el conocimiento. Llamada por Leonor la hermana de la caridad, administró al enfermo un cordial que le hizo volver en sí y le comunicó vigor para continuar:

—Al verme arruinado, conocí, Leonor, que habia perdido á usted para siempre; pero me consoló la idea de que no tendria que soportar mi desgracia mucho tiempo, pues el exceso de mis sufrimientos pondria en breve término á mi vida. Lo insoportable para mí era el desprecio, la aversion de usted. No podia resolverme á decir á usted: la amo, la he amado como nunca pensé que podria amar; pero soy un bribon, y usted no puede ser mia. No, Leonor, imposible que yo lo hiciera; y sin embargó, se acercaba la mayoría de

usted, era necesario dar algun paso, y no me quedaba más recurso que poner á prueba la generosidad de Enrique Mejías.

Mucho habia oido hablar del hijo adoptivo de su tio de usted, con quien me habia encontrado varias veces en México: sabia que era de corazon noble y de probidad poco comun en nuestros dias; y por lo tanto decidí confiárselo todo. "Me despreciará, pero prefiero su desprecio al de la mujer á quien amo." Así razonaba yo, y una noche, la misma en que Mejías conoció á usted, fascinado por la radiante belleza de mi preciosa pupila, le llevé á mi casa, y despues de hacerle jurar que guardaria el secreto, le hice una revelacion completa.

Ahora comprenderá usted la cruel posicion de Mejías. El caudal que se suponia pasado á sus manos en virtud de su matrimonio con usted, no existia. Era usted pobre, sin más recursos que la escasa renta proveniente de la herencia de su madre. El juramento que me habia prestado aquel le prohibia explicarse con usted, y por cuatro años soportó en silencio las acusaciones, el desprecio de usted. Juzgue usted ahora si he sido culpable; reflexione qué corazon tan noble ha estado usted martirizando.

—Ay, Alfredo! cuántas desgracias nos ha procurado el caudal de mi tio!

—No, Leonor. ¡Cuán infelices nos ha hecho

una sola desviacion del camino recto! Leonor! mi adorada Leonor! ¿será capaz de perdonar á quien la ha amado tanto, y sin embargo tanto la ha hecho sufrir?

Asomó en esto el doctor la cabeza por entre las dos hojas de la puerta, y llamó en voz baja á Leonor.

—Es preciso que le deje usted solo, señora, dijo el facultativo. Si no hubiera yo visto el estado de desórden en que se hallaba su mente, jamas habria permitido esta entrevista.

—Oh, señor! dígame usted, ¿no hay medio de salvarle?

—Seria preciso hacer un milagro, y los milagros están fuera del alcance de los médicos.

—¿De suerte que no hay esperanza alguna?

—Ni la sombra de una esperanza.

—Sin embargo, mande usted por mí mañana.

—La presencia de usted no haria sino empeorar su estado. Lo único que le prometo es tenerla al corriente de lo que pase. Adios!

A la mañana siguiente fué la criada de Leonor á avisarle que en la sala la esperaba una señora. Bajó la jóven á toda prisa y encontró á la hermana de la caridad que conversaba con la tia. Ambas parecian preocupadas, y al ver entrar á la jóven, no pudieron disimular su afliccion.

—¿Ha empeorado? preguntó Leonor.

—Desgraciadamente sí, señora. Ha muerto.

Y con los ojos arrasados en lágrimas, se dirigió Leonor á la ventana, recostó la frente en los vidrios, y permaneció con la vista fija en la calle.

Han pasado algunos dias desde que se dió sepultura en el panteon de Durango al cadáver de Alfredo Martinez. Es de noche, y á la luz de una lámpara está sentado delante de su bufete, en México, el jóven abogado Enrique Mejías, en cuyo semblante han dejado huellas profundas los pesares, hasta el grado de hacerle parecer diez años más viejo de lo que era en realidad.

Es que en la gran lucha de la vida, lucha que algunos libran sin esfuerzo alguno, él ha puesto toda su energía, y la ha perdido, y con ella toda esperanza de obtener el afecto de la esposa á quien tan fiel y fervorosamente habria amado.

¿Qué le resta hoy? Nada más que su profesion, á la cual se ha entregado en cuerpo y alma.

—Trabajaré sin descanso, se ha dicho, á fin de que aunque separada de mí para siempre, no carezca ella de cuantos goces puede proporcionar el dinero.

Nada sabe Mejías del viaje de Martinez, su enfermedad y su muerte; por lo tanto, ninguna esperanza tiene de verse libre del juramento que le impide aclarar el misterio que le abruma. Cansa-

do, pero perseverante, y absorto en una causa importante que requiere todo el talento y saber del abogado, recorre libros y documentos, y asienta en el papel las ideas que la lectura le inspira.

El reloj de la iglesia vecina acababa de dar las once y media de la noche, cuando la campanilla que desde el zaguan comunicaba con su escritorio, le anunció una visita.

—¿Quién puede ser? A nadie aguardo á esta hora, pensó.

Dos minutos despues sintió abrirse la puerta de su despacho, y al dirigir hácia ella la vista, vió en el umbral á una señora vestida de luto y cubierta con un tupido velo.

—Señora, le dijo sorprendido, ¿puedo saber....?

Corrió hácia él la dama, y arrodillándose, se descubrió la cara.

—Leonor!

—Sí. Llevo luto por Alfredo Martinez, mi infeliz tutor, que falleció en Durango y me lo confesó todo. Enrique Mejías! mi amigo, mi marido, mi bienhechor, ¿me perdonas?

Pasóse Mejías la mano por los ojos, como para convencerse de que no soñaba.

De repente, tendiendo los brazos á su jóven esposa, la levantó del suelo y la estrechó contra su pecho, diciéndole con voz conmovida:

—Tanto he sufrido, Leonor, en estos cuatro años, que casi no puedo dominar mi emocion. Mi

querida, mi adorada esposa! ¿conque al fin nos hallamos libres del terrible secreto que tan maléfica influencia ha ejercido en nuestra vida? Alfredo Martinez......

—Murió, Enrique! Un tiempo le amé, y le he perdonado todo el daño que me causó. Dime tú ahora que tambien me perdonas.

—Desde lo más profundo de mi alma, Leonor.

DOBLE PERSONALIDAD.

I.

Surca las aguas del Atlántico el vapor *Oceanica*, en su camino de Liverpool á Nueva York, adonde su capitan espera llegar dentro de dos dias á más tardar, miéntras en uno de los camarotes del majestuoso buque una mujer toca el término del incierto viaje que llamamos vida y hace sus preparativos para llegar tambien, dentro de pocas horas, á las playas del ignorado mundo que principia al borde de la tumba.

Tendida en el angosto lecho, agotadas las fuerzas por la fiebre que la consume, la enferma parece resignada, ó más bien satisfecha del fallo pronunciado por el médico de abordo, como si, á pesar de su juventud y su belleza, ningun atractivo

tuviese para ella la vida, ningun lazo que le hiciese sentir su pérdida.

A la cabecera de la enferma, y sentada en un taburete, se halla otra mujer jóven tambien, muy hermosa, y cuyos ojos siguen con ansiedad los progresos del mal, al paso que sus manos enjugan tiernamente el sudor frio que corre por las mejillas de la enferma, y echan hácia atras las negras y sedosas trenzas de pelo que cubren su frente.

Cualquiera se imaginara, al ver el esmero y la ternura con que aquella jóven desempeña las funciones de enfermera, que la vida próxima á extinguirse estaba estrechamente ligada á la suya, y sin embargo, es lo cierto que las dos mujeres no se conocian quince dias ántes, y que la casualidad les habia hecho tomar camarotes vecinos á bordo del *Oceanica*.

El segundo dia de navegacion fué atacada la enferma por una fiebre maligna y contagiosa; visto lo cual por su vecina, salvó la distancia que las separaba y se constituyó en enfermera de la pobre desconocida.

Más de una semana duró el delirio de la fiebre; pero al cabo recobró el conocimiento la jóven, y comenzó á hablar mucho de sí misma, su pasado y sus planes para el futuro. No volvieron, sin embargo, las fuerzas, y el médico dijo á la enfermera que no habia esperanzas de curacion, y que los dias de la paciente estaban contados.

Oyó ésta la sentencia sin inmutarse; permaneció en silencio largo rato, y cuando despegó los labios fué para decir:

—¿De suerte que voy á verme libre de lo que tanto temia, las angustias y vejaciones en medio de gente extraña? Oh! gracias, Dios mio! porque al fin te dignas llevarme al lado de mis padres. Un solo pesar siento, el de no poder pagar á usted el cariño fraternal que me ha demostrado en mi enfermedad.

—Si el peso de la gratitud abruma á usted, puede pagarme con creces mis pequeños servicios, cediéndome la vida que se le escapa, contestó la enfermera.

—¿Cediéndole mi vida?

—Sí, cediéndome su personalidad, dejándome ocupar su puesto en la tumba, y continuando usted en el mundo. Tàl vez crée usted que me chanceo, pero me comprenderá usted si se sirve prestarme atencion y escuchar mi historia.

Y en medio del silencio que reinaba en el camarote, silencio apénas turbado por el ruido de la máquina y de las olas, contó su historia la jóven enfermera; y cuando la hubo terminado, sintió su mano estrechada fuertemente por la mano helada de la moribunda, á tiempo que á sus oidos llegaban las siguientes palabras pronunciadas en voz baja, pero firme:

—Ahora lo comprendo todo. Sabe usted ya el

objeto de mi viaje á Nueva York, y en mi baúl encontrará mis cartas y demas papeles. La señora Kirkland, á quien van dirigidas las cartas de introduccion, es prima de mi madre, pero nunca me ha visto. Cuando murió mi padre dejándonos en la miseria, ella nos escribió y me ofreció el empleo de aya de sus tres hijas; pero yo no pude aceptar entónces á causa de la enfermedad de mi madre. Un mes hace que la muerte cortó el único lazo que me unia á Inglaterra, de modo que, sola como me hallo en el mundo, á nadie perjudicará el cambio que usted me propone. y que acepto con gusto, ya que así puedo serle útil.

Reunidos más tarde en el camarote, á solicitud de la moribunda, el médico y el capitan del vapor, díjoles aquella:

—Deseo hacer saber á ustedes que mi amiga la señorita Lorraine se hará cargo de cuanto me pertenece. Ella sabe perfectamente lo que yo quiero, y mi última voluntad es que no se le ponga impedimento alguno en el desempeño del encargo que le tengo hecho. Todo lo mio le pertenece desde ahora.

Apresuráronse los dos caballeros á prometer que la señorita Lorraine podia contar con la ayuda de ambos, y cuando á la media noche del dia siguiente fondeó el *Oceanica* en el puerto de Nueva York, el camarote número 27 no contenia sino un cadáver.

Cumplieron su promesa el médico y el capitan: la señorita Lorraine hizo sepultar en Greenwood el cadáver de su compañera, y en la sencilla lápida que lo ocultaba se leia esta inscripcion: "Elisa, esposa de Lord Ernest Luttrell. Falleció á bordo del vapor *Oceanica* el 18 de Setiembre de 1867." La noticia del fallecimiento fué publicada en los principales periódicos de la Metrópoli, suplicándose á los de Lóndres que la copiasen.

II.

Desempeñado que hubo la señorita Lorraine el triste deber, presentóse en traje de riguroso luto, y provista de las correspondientes cartas de introduccion, en una magnífica casa de Madison Square, donde la señora Kirkland, pequeña de cuerpo, pero alegre y vivaracha, la recibió con los brazos abiertos, y preguntándole:—¿Pero dónde has estado todo este tiempo? El *Oceanica* entró al puerto hace una semana.

En voz no muy firme refirió la señorita Lorraine la muerte de su compañera de viaje.

—Lady Lutrell me dió dinero bastante, añadió, para los gastos del funeral y la lápida, y el capitan del vapor me permitió el uso del camarote hasta hoy.

—¡Lady Luttrell! exclamó la señora Kirkland; Dios mio! ¡qué lástima que haya muerto! ¡Cuán-

to me habria agradado que tan noble dama te hubiera visitado! Pero algun pariente suyo vendrá sin duda á Nueva York, y querrá verte, puesto que te hallabas á su lado cuando murió.

El semblante de la señorita Lorraine, pálido de suyo, se puso lívido al oir aquella sugestion, pero nada dijo, y su voluble parienta continuó:

—Bien, ya que estás aquí, es preciso que tratemos de hacerte feliz. En nada te pareces á tu madre cuando tenia tu edad. Ella era pequeña y rubia, y tú eres alta, muy alta, y semejante á nuestras bellezas del Sur. Porque, no es posible negarlo, eres una belleza, querida niña!

Tenia razon la buena señora, porque la recien venida era todo lo contrario de la niña que reposaba tranquilamente en Greenwood; su espléndida hermosura pertenecia á un género totalmente diverso. Tez morena, labios y mejillas encarnadas, pelo negro y liso, que arreglado en trenzas coronaba la graciosa cabeza, facciones bien proporcionadas y de finísimo corte, dientes blancos y parejos, ojos rasgados, pardos y húmedos; tales eran los rasgos constitutivos de su belleza, al paso que su esbelto y noble talle, cuyos movimientos llevaban el sello de la distincion y la gracia, en nada desdecia de la hermosura del rostro.

A poco se convenció la jóven de que los deberes de aya de las tres niñas Kirkland no eran

sino un pretexto para hacerle aceptar un buen salario, y darle una posicion independiente. La señora Kirkland, viuda rica, de maneras vivarachas, como ya hemos dicho, y de ideas un tanto *advenedizas*, poseia, sin embargo, un corazon benévolo; y no dejaba, ademas, de lisonjear su orgullo la circunstancia de aparecer patrocinando á una jóven hermosa y distinguida en las tertulias del próximo invierno. Sus hijas, Blanca, María y Clara, niñas de ocho, diez y doce años respectivamente, no eran aún aptas para ayudar á su madre en la importantísima tarea de recorrer las tiendas de Broadway, y mucho ménos en la de hacer los honores de la casa.

Un tanto encogida y reservada al principio la señorita Lorraine, no pudo, sin embargo resistir á la franqueza genial de la señora Kirkland; y aunque trató de no extralimitar su posicion de aya, vióse al fin obligada por las circunstancias á convertirse en consejera y compañera asidua de su protectora.

—Deja por ahora la leccion de música, solia decir la señora Kirkland asomándose á la puerta de la sala de estudio. Blanca debe estudiarla sola hasta que venga el signor Cavelli; y yo te necesito, Julia, para que me acompañes á casa de Stewart y decidas si el tafetan color de durazno es á propósito para el miércoles en la noche. Es preciso, que te quites el luto, Julia, pues á las more-

nas como tú no les sienta bien el color negro, y en el almacen he visto una tela clara que me muero por verte puesta, con adornos de encajes.

A esto se reducian los deberes de la señorita Lorraine: á decidir acerca de los colores y cortes más elegantes, discutir con las modistas y costureras, y acompañar á su huésped á óperas, conciertos y bailes.

La sociedad, entre tanto, la calificaba de jóven reservada y fria que se daba aires de heredera de alguna duquesa. Y sin embargo, bajo su tranquila dignidad, sus maneras corteses y su hablar mesurado y grave, ¡sólo Dios sabia lo que pasaba en su alma!

Cada deseo de su corazon, cada impulso de su naturaleza se rebelaban contra la vida que las circunstancias le habian trazado, y á la cual se sometia por fuerza, tomando cierto aire de orgullo que le enajenaba las simpatías de casi todo el mundo.

Con el alma llena de amargura por los anteriores sucesos de su vida; temerosa de lo que el futuro le tendria reservado; ansiando huir del mundo, y ocultarse en algun retiro impenetrable donde poder llorar á sus anchas, veiase forzada á vestirse con esmero, confrontar una muchedumbre de caras desconocidas, sonreir á quien le dirigia la palabra, representar el papel de muñeca social, y complacer á la buena señora que creia

prodigar sus bondades á la pobre huérfana, hija de su difunta prima. Ello se le hacia más soportable, es cierto, por la conviccion de que la señora Kirkland no tenia otro móvil que la generosidad de su carácter, la bondad de su alma; mas ¡cuántas mortificaciones, cuántas heridas al amor propio, cuánta hiel en el fondo de la copa!

La memoria, que no descansa, y mucho ménos perece, se aferraba al pasado, y le representaba sus dolores tanto más vívidos y reales cuanto mayores eran los goces que la rodeaban; y sus rasgados y negros ojos se entristecian más y más con el trascurso del tiempo.

III.

Concluido el invierno, la señora Kirkland mandó á sus hijas al campo, donde debian pasar el verano en casa de una tia; y comenzó á preparar su viaje á Saratoga, ocupándose con preferencia en arreglar un vestido de color para Julia Lorraine.

—Hace ya un año que murió tu madre, le decia, y estoy cierta de que ese horrible traje negro es la causa de tu tristeza. Cuando vistas de una manera más adecuada á tu edad, verás cómo te sacudes y alegras. No temas eclipsarme, querida, añadia en tono de chanza, pues somos tan diferentes en todo, que habrá lugar para las dos, aunque estarás tan magnífica como una reina.

El acaso, que tanta influencia ejerce en nuestro destino, hizo que Julia Lorraine fuese á Saratoga á tiempo que se hallaba allí Eduardo Leigh. La vida tiene reservado para cada uno de nosotros un suceso, grande ó pequeño, un momento que decide de nuestra suerte, cuyo recuerdo nos persigue hasta la tumba.

Para Eduardo Leigh llegó ese momento cuando la señora Kirkland le presentó á su compañera, que distraida se reclinaba en la barandilla de uno de los balcones del hotel, diciendo:

—El señor Leigh, querida, de quien me has oido hablar, sobrino de mi difunto esposo.—Eduardo, mi prima la señorita Julia Lorraine, que padece actualmente de nostalgia y á quien nada que sea americano le agrada.

Varias veces habia la jóven inclinado la cabeza al oirse dar el nombre que debia á una mentira; pero jamas aquella mentira le pareció tan odiosa como cuando Eduardo Leigh fijó en ella sus negros ojos y le hizo un gracioso saludo.

A menudo se decia que su corazon estaba destrozado y muerto; que su vida no era más que una agonía prolongada, cuyo término solo se hallaria en la tumba.

Y sin embargo, ante el fluido magnético que despedia la dulce mirada de aquel par de ojos negros; al encanto de aquella voz penetrante y melodiosa, su aletargado corazon volvió á la

tir y despertó á nueva vida y nuevos sufrimientos.

Dominada á su pesar por el placer que le producian sus encuentros con Leigh, procurábalos léjos de evitarlos; y aunque no ignoraba lo insuperable de la barrera que la separaba de todo amor feliz, no llegó á comprender sino muy tarde cuánta crueldad hácia sí misma habia en permitir que en su corazon penetrase un solo rayo de sol, un solo relámpago de esperanza.

El sobrino de la señora Kirkland, por su parte, parecia gustar en sumo grado de la sociedad de su tia, á cuyo lado se le veia constantemente. Abogado notable de Boston, era, en cierto modo, independiente en su profesion, y se daba por tanto una vida más holgada que sus compañeros obligados á ganar el pan de cada dia. Sus únicas prendas físicas consistian en el desarrollo de su talla, lo varonil de su semblante, la inteligencia que se pintaba en su ancha y despejada frente, sus ojos negros y rasgados, y el metal de su voz, capaz de mantener en suspenso una asamblea, dominada por su elocuencia, al paso que era completamente nula si se trataba de las pequeñeces y lisonjas tan comunes en sociedad.

Si se hablaba de la ópera, descubria Julia bien pronto en Leigh un crítico apreciador de la música, que podia decir con la mayor exactitud las faltas cometidas por los cantantes; pero que no

tenia la menor idea acerca del traje que llevaban la *prima donna* y el tenor.

El trato con Eduardo despertó en la jóven la inteligencia que parecia dormir bajo el peso de las sedas y los encajes de la señora Kirkland; y con gran sorpresa se encontraba sin saberlo empeñada en acaloradas discusiones acerca de literatura y artes.

La señora Kirkland, disgustada en la apariencia, pero en realidad muy complacida, declaraba siempre que la conversacion era demasiado elevada para su inteligencia, y los dejaba solos, miéntras combinaba con su camarera algun nuevo adorno con cintas y encajes. Y Julia, con las mejillas encendidas, y la mirada chispeante, olvidaba todo el sombrío pasado, el melancólico presente y el incierto porvenir, oyendo la rica voz de Leigh, viendo sus expresivos é inteligentes ojos.

En nada ménos pensaba ella que en coquetear con aquel hombre, el primero que, en su nueva patria, habia despertado algun interés en su alma. Su naturaleza era demasiado noble, demasiado elevada para abrigar esas pequeñeces que constituyen lo que llamamos coquetería; pero le era imposible impedir que su alma volase hácia su nuevo amigo cada vez que le oia emitir alguna idea grande, generosa.

Eduardo Leigh se convenció pronto de que él,

cuyo corazon habia sido hasta entónces de mármol, amaba al fin, y amaba profunda y sériamente.

Y la mujer que habia tenido poder bastante para encender aquella pasion, no habia tampoco amado, y por lo tanto no soñaba siquiera que un extranjero pudiese apoderarse de todo su sér. Sabia, sí, que su vida, tan desnuda hasta entónces de todo interés, adquiria de súbito precio: que las horas pasadas al lado de Eduardo Leigh volaban cual si tuviesen alas; y las en que él se hallaba léjos trascurrian lentamente, aunque animadas por la esperanza de su próxima vuelta.

Por primera vez, desde su llegada á América, abrió Julia el piano en Saratoga y dejó oir su magnética voz de contralto, que arrancaba aplausos á los huéspedes del hotel cada vez que, cediendo á las instancias de la señora Kirkland, cantaba algun retazo de ópera, ó conmovia profundamente á Eduardo cuando para él solo modulaba alguna de sus canciones favoritas.

IV.

Una de las últimas mañanas de verano hallábanse la señora Kirkland, Julia y Eduardo en la sala privada que ocupaban en el hotel, y la jóven cantaba la *Adelaida* de Beethoven. Al cesar el canto, oyóse la voz de un caballero que desde un balcon vecino decia:

—Desde que lady Huttsell murió, no habia vuelto á oir esa cancion. La voz de la persona que la ha cantado es tan magnífica y pura como la suya, lo cual es, á fé mia, el mayor elogio que de ella puedo hacer.

La señora Kirkland estaba medio dormida en un sillon, pero Eduardo Leigh notó que los ojos de Julia se dilataron horrorizados, que la sangre huyó de sus mejillas y hasta de sus labios, y que las manos le temblaban violentamente. Léjos de atribuir la agitacion de la jóven á las palabras del desconocido, creyóla Eduardo enferma, y voló á su lado.

Medio desmayada, dejóse ella conducir á un sillon, aceptó el vaso de agua que le ofreció Leigh y le permitió que la abanicara hasta que se hubo repuesto un tanto. Al verla Eduardo tan débil, tan desamparada, no pudo dominar su pasion, y acercándose más á ella le murmuró al oido palabras de amor que brotaban de sus labios cual torrente impetuoso que tras larga lucha logra al fin salvar los diques que lo encerraban.

No nos atrevemos á decir si la señora Kirkland comprendió ó no lo que pasaba; pero es lo cierto que escapándose en silencio de la sala dejó á Eduardo en libertad de expresar sus esperanzas y sus temores. Dejóle Júlia hablar largo rato, sin dar señales de que le oia, sin manifestar en su semblante rubor ni indignacion. Pálida como la

muerte, con el horror pintado en las desencajadas facciones, oyó las palabras que ponian el sello á su desgracia, y cuando recobró el uso de la voz fué para decir con acento desgarrador:

—Oh! no siga usted! Es imposible que usted me ame..... tan imposible como que yo ame á usted.... Jamás me imaginé que el amor fuese el móvil que le traia á mi lado; como tampoco creia que el amor fuese lo que me hacia tan dichosa cuando estaba usted cerca de mí.

—¿Era usted feliz? luego me ama usted?,.... exclamó Eduardo con toda la ternura de un amante correspondido.

—No.... no! le replicó la jóven rechazando la mano que trataba de apoderarse de la suya. Huya usted de mí! Yo no soy lo que usted cree, soy la mentira en forma humana!......

—Julia! ¿está usted loca? ¿qué quiere usted decir?

Con voz ronca y apénas inteligible contestó la jóven:

—No soy Julia Lorraine; no soy la prima de la señora Kirkland.

—¿Quién es usted, pues?

—Oiga usted mi historia ántes de juzgarme, dijo Julia tras un largo rato de silencio, durante el cual, cubriéndose la cara con las trémulas manos, y sometiendo todo su sér á un terrible combate, logró á fuerza de voluntad dominar su emocion.

Nunca pensé en decirlo á nadie; jamas creí tener que arrancarme la máscara; pero me ama usted y es preciso que lo sepa usted todo. Quedé huérfana en mi infancia y heredera de una de las fortunas más considerables de Inglaterra. Cuando cumplí los diez y seis años me entregó mi tio y tutor á Ernesto Luttrell en calidad de esposa; y digo que me entregó, porque yo no tuve voz ni voto en la negociacion. Mi educacion me habia amoldado y convertido en mera máquina obediente á la voluntad de mi tío, y me casé con el hombre que me presentó para marido, como habria entrado en la escuela elegida por él, ó puéstome un vestido que me hubiese enviado. Era yo una niña, y no podia explicarme la razon que influia en la combinacion de aquel matrimonio. La finca Luttrell es valiosa: pero mis bienes lo eran más, y sobre aquella pesaban cuantiosas deudas. ¿Cómo podia yo saber que el amor era indispensable en un matrimonio dichoso, yo, á quién jamas se le habia hablado de amor, que habia vivido una vida de reclusa en mi espaciosa casa; con maestros, ayas y un tio severo por únicos compañeros y amigos?

Cuando pasé á ser Lady Luttrell me hallaba en completa ignorancia de lo que es el mundo, pues jamas habia asistido á reuniones, ni tenido amistad con nadie, ni leido una sola línea de novela ó poesía.

Me llevaron desde luego á Luttrell, donde me proponia comportarme como señora de la casa, y bien que á los principios cometí algunas torpezas, nó me faltaba disposicion, y á poco aprendí á observar las costumbres de la buena sociedad, y á visitar el gran mundo ó á recibir visitas en mis elegantes salones.

Mi marido poseia una magnífica biblioteca, llena de obras escogida de literatura moderna; y como en mi vida de casada gozaba de absoluta libertad para ocupar el tiempo, me entregué en cuerpo y alma á la lectura de dramas, versos y novelas.

Me preguntará usted, por qué me encontraba sola en mi palacio, por qué tenia necesidad de acudir á la biblioteca en solicitud de ocupacion. La respuesta es muy sencilla; ántes de un mes de casada ya mis ojos se habian abierto con relacion á lo horrible de un matrimonio sin amor.

Era mi marido libertino, jugador de profesion, hombre, en fin, de limitadísima inteligencia, de instintos crueles, y falto de todo principio capaz de contenerle en el mal camino. Se habia casado conmigo para apoderarse de mis riquezas, que derrochaba á manos llenas.

Miéntras no hizo caso de mí, fuí comparativamente dichosa; pero cuando me hice más mujer, más acostumbrada á la sociedad, y, como decia la gente, más hermosa, empezó mi marido á enor-

gullecerse de poseerme, é insistir en que le acompañase y asistiese á sus reuniones.

No siempre me sometí á sus exigencias, é irritado por la contrariedad, se convirtió en tirano cruel. Oh! ¡qué vida tan odiosa, Dios mio! Para evitar escenas de violencia tenia que presidir todos los festines, ó mejor dicho, orgías, en las que cada mirada era un insulto, cada palabra una blasfemia.

Por último, en una de sus borracheras quiso Lord Luttrell hacerme ir á latigazos al comedor, lleno de hombres tan ébrios como él. Tuve fuerzas bastantes para escapármele, y llegar á pié y sin sombrero á la casa de mi tio, distante catorce millas. Anduve toda la noche para encontrar.... ¿qué cree usted? ¿Acaso una amable recepcion, palabras de consuelo y simpatía? No; las más amargas reprensiones, y la amenaza de que dentro de una hora saldria un mensajero en busca de mi marido. Entónces me impuso mi tio de las leyes de Inglaterra, que hacen de la esposa un esclavo sometido á la voluntad del esposo. Ningun acto de crueldad puede romper la cadena que la une á su tirano.

Condujéronme á Lutrell como si fuese el mayor de los criminales, y mi marido, el hombre que habia jurado amarme y honrarme, me encerró en mi cuarto, convertido en calabozo, no sin haberme cruzado ántes las espaldas con un látigo.

La próxima vez que logré escaparme, tomé conmigo mis joyas y una suma considerable de dinero, y llegué á Liverpool sana y salva. Allí tomé pasaje en un vapor que debia zarpar dentro de dos horas para Nueva York. No podria explicar cuales eran mis planes; mi idea fija era poner el océano de por medio entre mí y el hombre que tenia derecho para convertirme la vida en un infierno.

En el camarote frente por frente al mio, una jóven vestida de luto llamó mi atencion por su semblante dulce y su aire pesaroso.

Al segundo dia de viaje cayó enferma, víctima de una fiebre maligna que ahuyentó de su lado á todo el mundo, excepto el médico. La vida era una carga insoportable para mí, miéntras que ella estimaba tal vez la suya, por lo cual me decidí á ser su enfermera, á salvarla si era posible; pero todo en vano, porque á los pocos dias murió. En su lecho de muerte me cedió los efectos que contenia su baúl, su nombre, y el permiso para grabar el mio en la lápida que cubriese su cadáver. A la sombra de uno de la sauces de Greenwood, bajo la loza que marca la tumba de Lady Luttrell, duerme en paz Julia Lorraine, miéntras Elisa Luttrell se halla en presencia de usted.

¿Me perdonará usted, Eduardo, un engaño que creí inocente ahora un año, pero que tan desastrosos resultados ha producido? Mi único deseo

era confundir mi personalidad en la de otra, y librarme de toda persecucion, enviando á Inglaterra la noticia de mi muerte.

—Se vió usted sometida á pruebas muy severas, le respondió Eduardo en tono afectuoso y compasivo; pero hizo usted mal en no haber confiado ántes su secreto.

V.

Una voz ronca, seguida de una risotada, hizo estremecer en aquel momento á Elisa Luttrell, que asió la mano de su compañero y le dijo al oido:

—¡Sálveme usted! Ocúlteme en alguna parte. ¿No le oye usted?

—¿A quién? le preguntó Eduardo, temiendo que la desgracia hubiera trastornado el juicio de la jóven.

—A Lord Luttrell. Ahí está. Hace poco pronunció mi nombre, me oyó cantar y va á llevarme consigo. Su agonía inspiraba compasion. Con el semblante alterado por el terror que le producia la idea de que su marido la capturase, olvidó completamente su superioridad moral é intelectual, convencida como estaba de la horrorosa posicion á que podia condenarla aquel hombre.

Eduardo Leigh olvidó tambien la cruel decepcion que acababa de sufrir y la compadeció.

—Julia, le dijo, evitando darle un nombre que se asociaba con tantas desgracias, ¿está usted cierta de que ese hombre es Lord Luttrell?

—Sí, estoy cierta de ello. Conoceria su voz, su risa, en medio de otras mil. Ese hombre viene en mi busca.

—Vaya usted á su cuarto, enciérrese en él dos dias, dando por pretexto una jaqueca; yo buscaré á ese hombre, y......

Abrióse de repente la puerta, y en el umbral aparecieron la señora Kirkland y un hombre alto, colorado, en cuyo semblante estaba impreso el sello de la disipacion.

—Julia, querida niña, dijo la señora Kirkland, ¡mira qué casualidad! Lord Luttrell ha venido á América en busca de pruebas de la muerte de su esposa, segun dijo á Mary su criado. Al saberlo yo, le mandé llamar y le conté que tú acompañaste á la pobre señora hasta sus últimos momentos.

Lady Luttrell, rígida como una estátua de mármol, se habia levantado de su asiento y permanecia frente á frente del recienvenido, cuyos ojos se dilataron como si hubiesen visto un espectro; pero en vez de la órden perentoria de seguirle á Inglaterra que la jóven aguardaba oir, su marido, repuesto en el acto, se contentó con decir, fijando en ella una mirada amenazadora:

—Es una cuestion de intereses. Necesito prue-

bas de la muerte de mi mujer para reclamar la dote que llevó al matrimonio y de la cual soy heredero, segun el contrato. He visto al médico y al capitan del *Oceanica*, y la sepultura en Greenwood. Vine á ver á usted por acceder á los deseos de la señora Kirkland, pues el testimonio de usted es del todo innecesario. Tengo ya en mi poder documentos bastantes para tomar posesion de la dote de mi mujer *áun cuando ella misma se alzase de la tumba y la reclamase.*

—¡Infame! murmuró entre dientes Eduardo Leigh al ver que Julia se dejaba caer medio muerta en la silla. Sin embargo, su infamia la liberta de sus persecuciones.

—Julia queria mucho á Lady Luttrell, dijo la señora Kirkland, acercándose á su supuesta prima para consolarla, y la presencia de usted la ha conmovido demasiado.

—Estoy convencido de que el cariño que esta señora profesaba á mi esposa es real y positivo, contestó Lord Luttrell con sonrisa irónica; pero creo que no debo molestar más á ustedes. La muerte de mi esposa está probada hasta la evidencia, de suerte que puedo prescindir del testimonio de la señora, á quien estoy sumamente agradecido por los cuidados que le prodigó en sus últimos dias.

La inteligencia de la desventurada esposa no pudo resistir el violentísimo choque producido

por las palabras que acaba de oir y por el ceremonioso saludó que hizo al retirarse el hombre á quien temia tanto como odiaba. La conviccion repentina de su inesperada cuanto inútil libertad, le comprimió el corazon y el cerebro, hasta el grado de privarla completamente de la razon. Cuando volvió en sí supo que habia sido presa algunas semanas de una fiebre cerebral, y se encontró con el pelo cortado, el cuerpo débil y las facciones desencajadas.

La señora Kirkland, que carecia de las cualidades y conocimientos necesarios para cuidar bien un enfermo, se habia procurado muy buenas enfermeras, que contribuyeron no poco al restablecimiento de la jóven. Esta circunstancia evitó tal vez la revelacion del secreto; y cuando aquella volvió á la vida, fué saludada como Julia Lorraine por su afectuosa prima.

—Eduardo estuvo á punto de volverse loco, dijo la buena señora; pero cuando supo que estabas fuera de peligro, se fué á Boston. No importa, querida, puedes estar cierta de que volverá, añadió guiñando el ojo de una manera significativa.

VI.

Despacio, muy despacio, recuperó su salud y sus fuerzas la pobre jóven, cuyo único anhelo era morir para poner término á su infelicidad. Habia

escapado del tirano que tanto temia, habia sepultado su personalidad en la fosa de una extranjera; sabia que su sacrificio era aceptado; pero, ¿qué ganaba con ello?

Eduardo la amaba, y se habia apoderado completamente de su corazon; mas, ¿cómo satisfacer el recíproco afecto, puesto que existia aún el vínculo que la unia al hombre que la habia repudiado para apoderarse de su fortuna; puesto que ella no habia dejado de ser la esposa de otro?

Queriendo Eduardo hacer cuantos sacrificios fuesen necesarios para minorar las penas de Julia, ya que no le era dado devolverle la felicidad, se arrancó de su lado, y se impuso el deber de no escribirle.

En el ejercicio de su profesion encontró distracciones á las penas de su corazon, y á ella se entregó resuelto á vencer su propia debilidad, resignado á la suerte que el hado le habia impuesto.

Así pasaron dos años, en los cuales permaneció Julia desempeñando el papel que los caprichos de la señora Kirkland le señalaban, arrastrada de una en otra diversion, y ocultando las heridas de su alma bajo el velo de una fingida altivez, tanto más fascinadora cuanto más rara era en los círculos sociales.

VII.

El verano de 1870 toca ya á su término, y la señora Kirkland ocupa en compañía de Julia las mismas habitaciones del *Congress Hotel*, donde dos años ántes acaeció el encuentro que dejamos referido. La lluvia habia estorbado la proyectada regata en el lago; la señora Kirkland no se habia levantado aún, y Julia se hallaba sola en la pieza que servia de salita privada. De repente abrióse la puerta, asomóse á ella Eduardo Leigh, con el semblante radiante de alegría, y ántes que la jóven pudiese darse cuenta de semejante aparicion, su amante, que se habia apoderado de su mano, cubriéndola de besos, le dijo al oido:

—Lord Luttrell ha muerto, y es usted libre.

—¿Ha muerto? ¿No se engaña usted?

—No. Acabo de llegar de Inglaterra, adonde me llevó la noticia de su muerte que me comunicó un amigo. Quise cerciorarme bien ántes de traerla á usted, y estoy en posesion de todos los detalles. La caida de un caballo, miéntras cazaba, le privó de la vida, cuando habia derrochado hasta el último centavo de la dote de usted; pero estoy persuadido de que esta última circunstancia no causa á usted pesadumbre.

—Oh! no: todavía considero barata mi libertad comprada á ese precio.

—¿Me amará usted ahora, como yo no he cesado un momento de amarla?

En respuesta colocó la jóven su mano en la de Eduardo, diciéndole:

—No debe usted dudar de mi amor, Eduardo; pero ¿será usted capaz de tomar por esposa á una mujer cuyo nombre es falso, cuya personalidad la ha robado á la tumba?

—Sí, porque para mí serás siempre Julia, mi adorada Julia.

Ya podemos imaginarnos el contento de la señora Kirkland cuando supó que se trataba de una boda. Espléndida fué la ceremonia, y la esposa de Eduardo Leigh no se vió jamas tentada á cambiar segunda vez de nombre ni de personalidad.

FIN.

